



CORRESPONDENCIA

TURQUÍA

Más desastres en Armenia

A las noticias que hemos dado á nuestros lectores de las atrocidades cometidas en el imperio turco, añade nuestro correspondiente de Constantinopla:

Los informes que he podido proporcionarme sobre las matanzas de Cesárea son todavía muy incompletos.

El 30 de Noviembre, á la una de la tarde, millares de turcos, armados con fusiles, sables, revólvers, mazas, etc., y bramando de ira asaltaron en un momento los barrios de los cristianos, dando muerte á diecisiete armenios católicos, veinte protestantes y más de cuatrocientos armenios gregorianos, sin contar los centenares de heridos que hicieron.

Saquearon en seguida el mercado y las casas, siendo de notar que el barrio de los griegos quedó preservado del pillaje, lo mismo que de la matanza. El obispo armenio católico Ilmo. Pablo Emmanuelian, no obstante haberse captado la veneración de los musulmanes, no menos que de los cristianos de Cesárea, fué gravemente amenazado y salvó la vida por milagro.

Las noticias del distrito de Hadjine (en las vertientes del Taurus) son muy alarmantes. La ciudad de Hadjine cuenta muchos millares de gregorianos y doscientas familias de armenios católicos. Las Autoridades militares levantan un fuerte cerca de la ciudad, á la cual embocan los cañones, lo que causa á los habitantes un terror tanto más vivo cuanto las tribus salvajes de kurdos y circasianos asolan ya, á ciencia y paciencia de las Autoridades civiles, todas las poblaciones armenias de los alrededores.

La tribu achvar ha saqueado á Rumu, lugar de cincuenta casas. Cardere, otra Misión armenia católica, ha sido arrasada por el incendio; cuarenta familias de esta Misión, y veinte de la de Rumu, piden auxilio á su obispo el Ilmo. Terzian, que no sabe como proveer á sus necesidades. Muchos armenios fugitivos, no hallando albergue, han tenido que pasar la noche á la in-

temperie. ¡Mujeres en cinta han alumbrado sobre la nieve, sin pañales con que envolver á los recién nacidos!

La miseria que reina en estas infelices comarcas es extrema. ¡La ruína y la desolación han llegado á su colmo! Más de trescientos mil armenios carecen de hogar, de vestidos calientes y de pan. Debilitados por el hambre y las enfermedades, tiritando á una temperatura siberiana, están desconocidos. ¡Su número disminuye de día en día, pues la muerte se encarga de poner fin á sus sufrimientos!

Es preciso que las potencias de Europa se muestren energías para castigar y prevenir tamaños desastres.

Los asesinos y bandidos que han derramado tanta sangre inocente, se pasean impunes y con toda libertad por la Anatolia, colmando incesantemente á los cristianos de insultos y amenazas. Van armados hasta los dientes, mientras está rigurosamente prohibido á los cristianos llevar un simple cortaplumas.

Véase el lenguaje que los turcos fanatizados usan sin rebozo alguno en las calles y plazas de Erzerum, Sivas, Diarbekir, etc.: «¡Si llegamos á saber que las Potencias extranjeras se permiten ingerirse en nuestros asuntos interiores y usan de represalias en Constantinopla, juramos por Alá que os degollaremos hasta el último... ¡Ni uno solo quedará con vida!»

Documentos irrecusables atestiguan estos hechos. Fácil es compren-

der el terror que estas amenazas inspiran á los pobres cristianos. Además, las prisiones del Estado rebosan de armenios, encarcelados sin motivo ni juicio, y en aquellos calabozos infectos perecerán víctimas de las privaciones y malos tratos. Cada día desaparecen centenares de armenios, y después se tiene noticia de que fueron encarcelados ó deportados no se sabe donde.

¡Tiempo es de que cesen tan infames injusticias! Pero ¿qué puede esperarse de la actitud presente y misteriosa del concierto europeo?

¡Cuánto distamos de la época en que Napoleón III, sin aguardar el asentimiento previo del famoso concierto europeo, no tenía más que ordenar la expedición inmediata de un ejército de treinta mil hombres, para hacer cesar las matanzas de Damasco, libertar los cristia-



MONTAÑAS BERROQUEÑAS.—Jefe de los Narices Horadadas (Pág. 109)

nos de la Siria, y dotar el Líbano de un régimen modelo cuya provechosa eficacia, demostrada con más de treinta años de experiencia, asegura prosperidad duradera al feliz pueblo maronita!

## SIRIA

### *Matanza de armenios en la provincia de Alepo*

El R. P. Julien, de la Compañía de Jesús, nos envía desde Berito la siguiente relación de la matanza que acaba de ensangrentar las ciudades armenias del Norte de Siria, dependientes en lo administrativo del vilayato de Alepo:

Las horribles matanzas de Marach han tenido por motivo una causa de las más fútiles. El 25 de Octubre en el bazar disputó un cristiano con un turco por algunos *paras*. Este enfurecido empezó a gritar: «Los cristianos asesinan á los musulmanes,» y al momento un pánico indescriptible reinó en toda la ciudad: turcos y cristianos se refugiaron en sus viviendas, y en este día hubo ya varios muertos.

La semana siguiente transcurrió en grande zozobra, sin otro incidente que el saqueo de algunas tiendas de armenios.

El domingo, 3 de Noviembre, los soldados, sin que precediese provocación alguna, empezaron á dar muerte á todos los cristianos que encontraban por la calle y aun algunos entraron en las casas con objeto de asesinar á los hombres que se habían retirado en ellas.

El 5 de Noviembre Ferik-Bajá mandó llamar á los jefes espirituales de las diversas naciones cristianas, y les dijo que si no volvían al estado normal sus respectivos fieles, les haría responsables de las consecuencias. En virtud de esta intimación abriéronse de nuevo las iglesias.

El 18 de Noviembre comenzó la matanza general. Los jefes de barrio, rodeados de soldados y seguidos de multitud de musulmanes, recorrieron las calles gritando: «¡Mueran los ghiaurs!» Derribaron las puertas de las casas cristianas, dieron muerte á los hombres, robaron cuanto les vino á mano, y precipitándose sobre las mujeres, les arrebataron las joyas y vestidos, y cometieron con ellas la mayores tropelías. Estas abominaciones duraron hasta la noche, sin un instante de tregua. Muchas víctimas quedaron hechas pedazos.

Justo es añadir que algunos musulmanes, entre otros el muftí, salvaron á no pocos cristianos sus vecinos.

El resultado fué 822 personas asesinadas, 140 casas incendiadas, y 1,543 saqueadas.

Además fueron pasto de las llamas dos iglesias y una escuela. Ocho mil personas carecen de pan y vestido. Estos infelices viven en la actualidad de las limosnas que les distribuyen el Obispo católico, los Padres de Tierra Santa y los americanos.

Han sido saqueados é incendiados veinte pueblos de los alrededores de Marach.

El R. P. franciscano Salvador, misionero apostólico y párroco de Mudjuk-Deresi, con once de sus feligreses, fueron puestos bajo la custodia de dos compañías de soldados, acampadas en el pueblo. El *miralai*

(jefe) de esta tropa los hizo atar y conducir á Marach. Mas á alguna distancia del pueblo les intimaron que se hiciesen musulmanes, y como se negasen á ello, los mataron á bayonetazos, quemando luego sus cadáveres.

Los otros Religiosos de Tierra Santa que moraban en Yenige-kal'a, se han refugiado en Zeitun. Sus conventos é iglesias han sido entregadas al saqueo y al incendio.

De quince á veinte mil personas están actualmente sitiadas en Zeitun por unas veinte compañías de soldados y gran número de circasianos y kurdos. Desde hace un mes los zeituniotas resisten á las tropas del Gobierno, porque están persuadidos de que aun cuando se sometiesen, serían muertos al igual que los cristianos de Marach y de otros puntos que han obedecido constantemente á la Autoridad.

Véanse ahora algunos pormenores sobre los asesinatos de Aintab.

El 16 de Diciembre, á las siete de la mañana un grito de angustia corrió rápidamente por la ciudad:

—¡Los musulmanes se han sublevado y degüellan á los cristianos!

Hubo entonces un ¡Sálvese quien pueda! general. Arremolinados unos corrían hacia los khans; otros se hacían fuertes en sus viviendas; mientras no faltaban quienes se metían en cualquier casa, aun en las de musulmanes, en las que algunos se salvaron. En quince minutos los barrios cristianos quedaron circuidos por miles de musulmanes armados con cuchillos, hachas, cimitarras y fusiles.

Los soldados en armas alentaban el saqueo y el incendio, tiroteando á las víctimas desde lo alto de los alminares. Cuando la puerta de una casa resistía á los hachazos y al incendio, los vándalos penetraban por medio de escalas en los pisos, donde asesinaban á los hombres y luego robaban hasta el último trapo, arrancando á las mujeres sus joyas y pendientes, de suerte que á muchas les desgarraron las orejas. A otras las despojaron de las ropas que las cubrían. La pluma se resiste á trazar ciertas escenas de la más atroz barbarie. La carnicería duró hasta la noche.

En esta jornada hubo ochocientos cristianos muertos ó heridos, mil quinientas casas saqueadas y diecinueve incendiadas.

El día 17 gran multitud de kurdos, árabes y circasianos rodeaban la ciudad, y se disponían á repetir los horrores de la víspera. Veíaseles arremangados hasta el codo, blandiendo cuchillos y cimitarras.

Hubo entonces entre los cristianos un momento de angustia imposible de describir.

El kadí y el muftí, temiendo que aquellas hordas nómadas saqueasen las tiendas de los musulmanes al pasar á sangre y fuego á la población cristiana, las hicieron dispersar, y siguióse una calma relativa.

El 19 el gobernador dispuso se quitaran los cadáveres, que fueron echados al campo, arrojados en pozos ó quemados. ¡Hace pocos días los perros se disputaban aún los huesos de tantas víctimas!

El 7 de Enero el gobernador presentó á los cristia-

nos un mensaje, que debían firmar so pena de renovarse las atrocidades del 16 de Diciembre, en el que daban gracias al Gobierno ¡por haberles protegido en aquel día nefasto! Por lo demás, igual procedimiento se ha seguido en todas las ciudades que han sufrido la suerte de Aintab.

Después de las primeras matanzas los cristianos de Orfa cerraron sus tiendas, para no exponerse á un nuevo saqueo y al furor de los musulmanes. El *mutesarref* (gobernador) mandó hacer pesquisas en el domicilio de los cristianos para recoger todas las armas que tuviesen, luego llamó á los principales de ellos, y les exhortó á abrir los almacenes diciendo:

—Ya nada tenéis que temer; la paz está hecha, y respondo de todo.

En seguida hizo entrar á algunos notables musulmanes, y añadió:

—Abrazaos en testimonio de la paz que reina entre vosotros.

Diéronse el beso de paz y se separaron.

El día siguiente se abrió la cuarta parte de las tiendas cristianas. Los musulmanes cumplimentaron á los mercaderes, dándoles repetidas muestras de amistad. El segundo día aparecieron abiertas la mitad, y el tercero su número fué mayor. Mas de pronto resonó por el bazar un espantoso grito:

—¡Las tribus árabes invaden la ciudad!

Era absolutamente falso: ningún árabe aparecía por el desierto. El grito era, á lo que parece, la señal convenida para empezar la matanza. Al momento los musulmanes saquearon las tiendas de los cristianos, dando muerte á cuantos había en ellas. Después de esta carnicería los turcos penetraron en las casas y degollaron á los niños y los ancianos, llevándose cautivas á las doncellas.

Multitud de mujeres y niños se habían refugiado en la iglesia armenia. Los musulmanes entraron en ella, dieron muerte á los sacerdotes y á los pocos hombres que allí se encontraban, cometieron mil abominaciones, y por fin pegaron fuego al edificio, rechazando á bayonetazos á los que querían salvarse huyendo: ochocientas víctimas perecieron en las llamas. La carnicería duró seis horas. Al ponerse el sol el gobernador hizo tocar la corneta para advertir que todo estaba concluido, y que cada cual se retirase á su casa.

El día siguiente el hedor de los cadáveres insepultos infestaba la ciudad, y el gobernador obligó á los judíos á echarlos en una inmensa fosa. Arrastrábanlos por los pies como si fuesen perros, y los judíos recibieron cuatro piastras por cadáver. En seguida se dispuso que las mujeres judías lavasen la sangre que manchaba las calles y paredes. El número de muertos llegó á unos tres mil.

A cincuenta cristianos salvados por amigos suyos musulmanes, el gobernador les acusó, sin motivo, de haber muerto á diez mahometanos que perecieron en el tumulto, y los mandó encadenados al gobernador de Alepo para que éste los juzgase.

Berejik tuvo también su matanza.

Desde el principio de los desórdenes encarcelóse al párroco católico con fútiles pretextos, y sus guardianes le maltrataron horriblemente, dándole apenas el alimento indispensable. Finalmente el Obispo obtuvo por el cónsul que fuese trasladado á Alepo para examinar su causa. Reconocida allí su inocencia, fué puesto en libertad, después de cuarenta y ocho días de horrible prisión.

Veinticinco católicos perecieron en las matanzas de Berejik. Gran número de armenios se han hecho musulmanes para salvar la vida. Estos apóstatas llevan hoy día el turbante blanco, y reúneselos todas las tardes en las mezquitas para enseñarles las oraciones y los ritos musulmanes. Actualmente no se cuentan más de dos cristianos declarados en la ciudad.

Posteriormente á la carta anterior hemos recibido otra del venerable procurador general de las Misiones franciscanas ilustrísimo Esteban María Patron, obispo titular de Jericó, de la que tomamos los siguientes pasajes:

Las Misiones de los Padres Franciscanos de Tierra Santa de Aintab, Yedigé-Kalé, Donkalé, Mudjuk-Deresi, etc., han sido enteramente devastadas, las iglesias y hospicios pasto de las llamas, y los infelices cristianos muertos ó dispersados.

A primeros de Enero llegó á Marach una caravana compuesta de los que pudieron escapar de las matanzas de Octubre y Noviembre: eran cuatrocientas viudas y huérfanos de corta edad: los adultos habían sido muertos, y los que pudieron librarse se refugiaron en Zeitun.

El P. Salvador, perteneciente á nuestra Orden y párroco de Mudjuk-Deresi, ha sido muerto en circunstancias dignas de un hijo de San Francisco. Preso en su puesto de honor, es decir, en su parroquia, con once católicos, y entregado por orden del coronel turco en manos de una escolta de soldados, debía ser conducido á Marach con sus compañeros. Por el camino los secuaces de Mahoma les intimaron que renegasen de Jesucristo. Negáronse todos, movidos por las exhortaciones del P. Salvador. Vista su firmeza en la fe cristiana, los musulmanes les dieron muerte, y despedazaron á bayonetazos al Religioso, quemando luego los cadáveres de todos.

Hay, pues, un mártir más que añadir á la numerosa falange de los hijos del Patriarca de Asís que han tenido con su sangre aquella tierra de Oriente para conservar á la Iglesia los lugares testigos de nuestros más grandes misterios, y para propagar nuestra santa Religión en los países sometidos al Islamismo.

La Custodia de Tierra Santa se ha apresurado á enviar (sin derogación de la bula *Salvatoris*) á los infelices supervivientes cuantos auxilios le ha sido posible. Hoy no puede continuar haciéndolo por falta de recursos.

Nuestro Señor y San Francisco bendecirán de una manera especial á aquellos que hagan algún sacrificio

por un país tan desgraciado y tan digno de nuestras simpatías.

Como nuestros Padres, en las presentes circunstancias, socorren también á los cismáticos, esta caridad puede conducir á muchos de ellos al redil del Señor.

## RUSIA ASIÁTICA

*Vida de un sacerdote en la Siberia*

### IV Y ÚLTIMO

CUANDO un moribundo quiere ver á un sacerdote, nunca se le niega el permiso para ello, pero el pobre sacerdote que viene, tiene que echarse al suelo para oír la confesión del penitente, por no haber entre los enfermos más espacio que el necesario para que se coloque un hombre. El que está del otro lado delira á veces, y á veces también escupe y vomita sobre el sacerdote. En tales momentos sólo el recuerdo de la humildad de Nuestro Señor y su gran amor por el hombre dan fuerzas para sobreponerse á la natural repugnancia. Muchas veces el sacerdote tiene que dar la Comunión directamente del copón que lleva consigo, y sólo rara vez se puede improvisar un pequeño altar al pie de la cama. Gran parte de los desterrados viven con sus mujeres é hijos, y á menudo sucede que los padres mueren dejando tres ó cuatro hijos de tierna edad.

El P. Gromadski escribe: «Algunas veces casi me desespero cuando pienso en estos pobres huérfanos. Por espacio de doce años he apelado constantemente á los fieles de otros países para que me ayuden; pero mi voz es débil y no se deja oír á tan larga distancia. Me es sumamente difícil el sostener mi escuela... El sostenimiento de un asilo para huérfanos requeriría un capital de seis á nueve mil rublos, y si pudiese recoger tan sólo el dinero para construirlo, creo que Dios me ayudaría y podría yo sostenerlo. Probé á poner los huérfanos como pupilos en diferentes familias; pero mi proyecto fracasó. El dinero (que había ahorrado yo á costa de muchas privaciones) lo empleaban las gentes en provecho propio, y los pobres niños se morían de hambre. Tal Asilo podría también servir para los moribundos. La ley ordena que cuando un hombre está enfermo y no tiene familia que de él cuide, sea enviado á la ciudad más próxima y alojado allí en el hospital. Para evitar los gastos que ocasiona el transporte, á veces á algunos cientos de kilómetros de distancia, se aloja al enfermo por un día ó una noche en las cabañas de los aldeanos, y así lo conducen diariamente de cabaña en cabaña hasta que muere. A veces estos enfermos son así transportados durante el invierno con una temperatura de cuarenta grados bajo cero que los mata. De ordinario estos hombres son todos polacos. Una vez fui enviado á visitar uno de éstos que estaba agonizando, y lo encontré echado al lado de la puerta azotado por un aire frío y penetrante. Nunca se da á estos infelices el rincón más caliente, y de ordinario sólo reciben golpes y desprecios. Afortunadamente, tenía en aquella ocasión unos cuantos rublos, y así pude persuadir al aldeano dueño de la choza á que trasladase al enfermo á un rincón más cómodo de la cabaña, donde pudiese morir en paz. Es

imposible alabar debidamente la abnegación y los infatigables trabajos del Dr. Orzeszko. Cuando se trata de caridad no hay sitio por pobre ó sucio que sea que él no visite. Lo he visto arrastrarse á gatas para entrar en una choza, y todo cuanto gana lo da á los pobres y necesitados; así es que su nombre es conocido y bendecido por toda la Siberia.»

Volviendo ahora del triste asunto de las prisiones, vamos á dar otro extracto conmovedor de una de las cartas del P. Gromadski, que se refiere á una joven pareja cuya felicidad aseguró.

«Entre 1876 y 77 hubo una gran sublevación nihilista en Rusia. En general los polacos no tomaron parte en tales conspiraciones; pero alguna que otra vez, en uno ú otro punto, aquellos que habían estudiado en escuelas moscovitas permitieron que sus nombres fueran alistados en las filas nihilistas. Entre éstos se hallaba una señorita que fué arrestada y encerrada en la prisión. Allí conoció á un caballero judío, que estaba detenido por el mismo asunto, y los dos se enamoraron. Su religión, sin embargo, era una valla insuperable, hasta que al fin el judío, instruido en las verdades de nuestra Religión por la bella nihilista, se decidió á abrazar la Religión católica. Pero entonces surgió una grave dificultad. En Rusia ningún convertido puede ser bautizado ó recibido en el seno de la Iglesia sin el permiso expreso del Ministro del Interior. El judío escribió pidiendo la licencia que necesitaba, pero no recibió respuesta alguna, y en el entre tanto llegó la sentencia que lo condenaba á ser transportado al Este de Siberia, cerca de Irknek, mientras que su novia iba á ser enviada á Kainsk, lugar á varios miles de kilómetros más cerca del mundo civilizado. La sentencia fué ejecutada inmediatamente, y los dos jóvenes siguieron juntos el camino que los conducía á sus respectivos puntos de destierro.

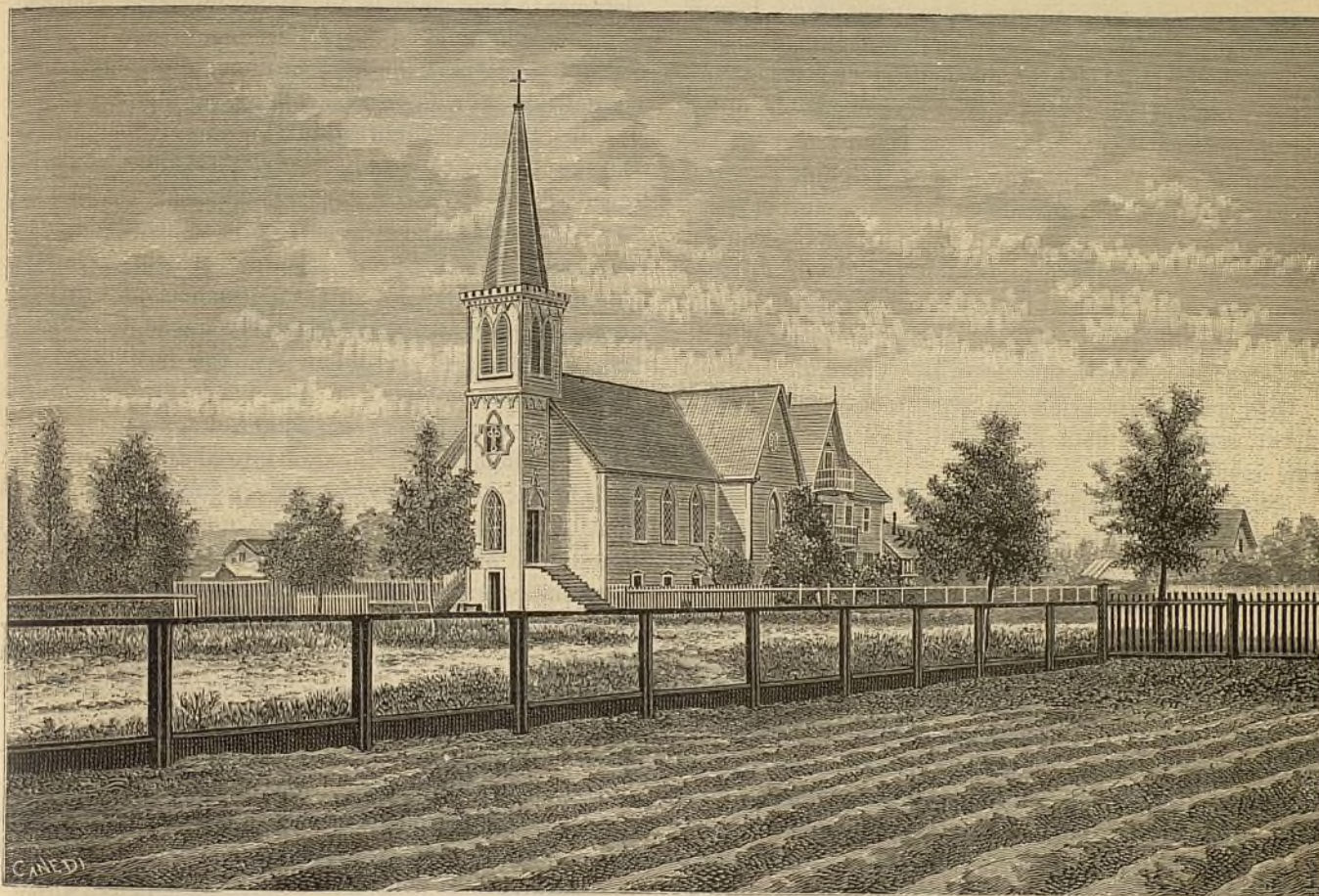
«El convoy se detuvo varios días en Moscou, y el judío se aprovechó de la ocasión para hablar con un sacerdote católico y volver á hacer su petición al Ministro del Interior, pero en vano. Sus corazones se hallaban cada vez más y más apesadumbrados: un castigo severísimo les esperaba, y la esperanza de poder sufrirlo juntos parecía disiparse. Si estuvieran ya casados se permitiría á la mujer que siguiese á su marido; ¿pero cómo podría llevarse esto á cabo? Llegaron, pues, á Tomsk y se me presentaron. El empeño del judío me impresionó mucho, y telegrafí en seguida al Ministro, pero sin éxito. Llegó la noticia del caso á oídos del gobernador de Tomsk, quien humano y amable por excepción en aquel caso, telegrafió también á su vez á San Petersburgo. Entre tanto llegó el momento en que el pobre judío debía marcharse, y tuvo que despedirse de su novia en medio del mayor desconsuelo. Pero el Señor Todopoderoso es bondadosísimo, y su fe en El fué recompensada. La tan deseada respuesta llegó pocos días después de haber salido el judío de Tomsk. Pero entonces surgieron nuevas dificultades. La joven nihilista debía ser conducida á Kamisk, y desde allí podía elevar una súplica al Gobierno para que la enviaran hacia el Este; y aun cuando ésta fuera concedida, se vería obligada á pagar los gastos de viaje, así como los de los dos agentes de policía que debían acompañarla,

al paso que el judío tendría que pagar los gastos de enviar en busca de un sacerdote católico, y ninguno de los dos tenía dinero. La única solución posible era que el gobernador me permitiese acompañar á la joven, y salir inmediatamente para alcanzar en el camino al judío, recibirlo en el seno de la Iglesia y casarlos en el primer lugar de parada. Era la peor estación del año para un viaje como éste: noches largas, lluvia, frío y caminos infranqueables. Pero nada desanimaba á esta joven, que gozaba de simpatías generales. El gobernador, que estuvo amabilísimo, nos concedió el permiso deseado, y para facilitarnos el viaje, ordenó á uno de los cosacos que nos acompañara, diciéndole que era de su especial incumbencia el arreglar el cambio de caballos y el evitar todo retraso innecesario; además pro-

que le pregunté si quería que nos detuviésemos para descansar, me contestaba con voz casi ininteligible:

«—¡Oh, no, continuemos!»

«Continuamos, pues, y al quinto día de nuestra salida de Tomsk, alcanzamos á los presos. Los oficiales que estaban encargados de los mismos se quedaron asombrados cuando supieron que el gobernador había tenido el valor de confiar una persona comprometida por delitos políticos, á un sacerdote católico en vez de confiarla á la policía; pero la carta del gobernador era clara y explícita, así es que no pudieron menos de acatar sus órdenes. El resultado fué satisfactorio: el judío fué bautizado y recibido en la Iglesia católica, porque encontré que había sido instruido á fondo en las verdades de nuestra Religión. Conmovía el ver su alegría y grati-



MONTAÑAS BERROQUEÑAS.— Residencia y parroquia de North-Yakima. (Pág. 110)

porcionó á la joven desterrada traje de abrigo y almohadones, así como las provisiones necesarias. En consecuencia, salimos no obstante el malísimo estado del tiempo. El cosaco, á pesar de que estaba muy habituado al frío, me dijo después que si no hubiera sido por el *whiskey* que había bebido, no hubiera podido soportar la fatiga. Varias veces me faltó valor, sobre todo cuando mi pobre compañera de viaje cayó enferma, quedando tendida sin sentido y casi sin vida en el fondo del trineo. En los diferentes cambios el cosaco tenía que llevar á la joven de un vehículo á otro. Me preguntaba con ansiedad en cada uno de estos cambios:

«—¿Morirá nuestra joven señorita?»

«Yo, por mi parte comencé á abrigar serias inquietudes acerca de su estado. A pesar de todo, siempre

tud. La joven se había confesado y comulgado antes de salir de Tomsk, lo cual fué un gran descanso para mí, porque en general los nihilistas suelen estar dispuestos á renegar de su fe y renunciar á sus familias en bien de sus fatales opiniones políticas. Ella volvió á confesarse de nuevo, y ambos novios recibieron la Sagrada Comunión; después de lo cual los casé. Se dió unos días de descanso á la nueva pareja, y después fueron enviados apresuradamente al lugar del destierro, dispuestos á soportar toda clase de privaciones y sacrificios pudiendo sufrirlos juntos. La antigua nihilista es ahora una excelente esposa, y ambos consortes han hecho cuanto han podido por expiar las culpas de su vida pasada. Mi viaje de regreso se verificó sin ningún incidente, y pude con gran alegría dar parte al gobernador

del feliz éxito con que había llevado á cabo su comisión. Este hombre excelente, viendo las necesidades espirituales de los católicos en esta ilimitada parte del mundo, pidió al Gobierno que señalara dos sacerdotes más para el distrito de Tomsk, los cuales han sido efectivamente enviados á Kainsk y á Maryjsk.»

La alusión hecha en esta carta á la falta de sacerdotes, nos hace detenernos por un momento para considerar las grandes dificultades con que tropieza un misionero en Siberia, y la poca comunicación que tiene con el Obispo.

Oímos hablar de los Vicarios apostólicos de las lejanas regiones del Este, y de Obispos en todas las partes de Australia. ¿Cuándo oiremos decir que se ha establecido la jerarquía eclesiástica en la parte de la viña del Señor que corresponde á Siberia? ¡ó que al menos sea señalado un Obispo coadjutor al metropolitano de San Petersburgo, cuya jurisdicción se extiende más allá de Kamschatka! Los lazos de unión entre él y sus sacerdotes están sueltos; así es que es casi imposible obtener dispensas, y muchos católicos viven y mueren sin recibir los Sacramentos. Nadie hay para administrar el sacramento de la Confirmación; las relaciones entre el Obispo y el sacerdote se hacen cada vez más difíciles; difíciles para los fieles, pero cien veces más difíciles para los sacerdotes, que tienen sobre sí todo el peso de las responsabilidades, sin que puedan aprovecharse de los consejos ó de la ayuda de su jefe y pastor.

Otro ejemplar sacerdote de Siberia, el P. Szwerwicki, sintió muchísimo esta necesidad, y escribiendo sobre este asunto dice:

«Siberia es siempre Siberia, no solamente bajo el punto de vista físico, sino también bajo el punto de vista moral. Se destierra allí á un hombre, fuerte en la fe y celoso de la gloria de Dios. A su pesar comienza su corazón á helarse gradualmente; empieza á verse atacado por la indiferencia que le rodea, y al fin llega á petrificarse; y viéndose completamente apartado de las personas de su propia clase y condición, se hace cada vez más y más reservado. Esto, que es malo para la salud espiritual de cualquier hombre, lo es mucho más para el misionero. Este hállase completamente solo; no tiene superior que le vigile, le consuele, le fortifique ó le amoneste. No tiene que responder á nadie de sus propios actos, si no es á su conciencia. Las inmensas distancias y la falta de medios de comunicación constituyen una barrera entre él y su Obispo, de la que es imposible puedan formarse idea exacta los extraños. ¡Rogad mucho por los que trabajan en Siberia!... ¡Qué santidad de vida no es necesaria á aquel que tiene que consolar y fortificar á sus hermanos, cuando tal vez él mismo necesita estas dos cosas! ¡Con qué castidad de cuerpo y pureza de alma tiene que acercarse á la fuente de toda pureza, para recibir la gracia que le es necesaria para fortificar las almas de los que vacilan en la fe ó se ven bajo el peso de grandes sufrimientos! No nos olvidéis en vuestras cotidianas oraciones, y rogad á Dios para que nos dé un celo verdaderamente evangélico.»

Antes de concluir daremos otro extracto de las cartas del P. Gromadski, en las que da cuenta del hambre terrible en el invierno de 1891.

«Los negocios me obligaron, escribe, á ir á San Petersburgo, pero me apresuré á volver por Llotoust, Ickaterynburg y Tiumeni, desde cuyo último sitio tenía aún que recorrer en trineo más de mil quinientos kilómetros por un malísimo camino.

«El paisaje que se descubría por el camino era muy triste, y los habitantes habían huído á causa del hambre: en las aldeas donde habían vivido centenares de familias, sólo quedaban quince ó veinte después de haber muerto varios cientos. A causa de la escasez de heno, habían muerto á sus caballos para aprovechar sus pieles, así es que tuve que pagar muy caros los que necesité para mi vehículo, y á veces no pude encontrar caballos de muda ni aun con dinero. Otra causa que aumentaba la tristeza del distrito de Tobolsk era la devastación causada por la langosta. Esta destruyó completamente todo aquello que el sol no había quemado. Una tonelada de heno que generalmente cuesta quince ó veinte *kopecks*, valía entonces noventa y seis rublos. Después de salir de Ickaterynburg, me detuve en Tallice, donde fui recibido hospitalariamente por M. Paklenski, y en cuya casa pasé las Navidades con gran alegría de los católicos, porque aunque un sacerdote va de tiempo en tiempo á Permu, nadie se acordaba de haber tenido el gozo de oír el santo sacrificio de la Misa el día de Navidad. Mientras permanecí allí tuve un ataque de *influenza*, y agradecido quedé de la buena suerte en haberlo pasado en casa tan hospitalaria. Si hubiera caído enfermo en una pobre posada hubiera muerto; pero rodeado como estaba de cuidado y solicitud, salí adelante. Al día siguiente al de año nuevo fui á Tiemenu, donde me esperaba con impaciencia la numerosa población católica. Tuve que permanecer allí más de una semana, oyendo las confesiones de más de doscientas personas, bautizando á muchos niños, y administrando los últimos Sacramentos á dos moribundos. Después me dirigí á Jarutolow, en donde fui muy bien recibido y alojado en la casa del mayordomo de M. Paklenski, y allí hice lo mismo que había hecho en Tiemenu. Fui luego á Tinkalinsk, donde cuarenta ó cincuenta personas vinieron á cumplir los deberes religiosos y me trajeron muchos niños para que los bautizase. Desde este último punto vine á mi antigua parroquia de Omsk, donde pasé una semana, porque tenía que arreglar varios asuntos relativos á la Iglesia y visitar á mis antiguos feligreses, por los que fui recibido con gran amabilidad. Vi la iglesia que yo mismo había construído hacía veinte años y los árboles que yo había plantado con mis propias manos, y que eran ahora tan altos como la iglesia: cumplí además con el deber de rezar por las almas de muchos de mis antiguos feligreses que habían muerto ya. De Omsk volví á Tomsk, por Spas y Kanisk, diciendo Misa y oyendo confesiones en todas partes. El frío era muy intenso, y tenía que viajar de día y de noche con cuarenta grados bajo cero... Los cuadros de Nuestra Señora del Buen Consejo y de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro cuelgan, adornadas de preciosos marcos, de las paredes de la iglesia de Tomsk. Voy á bendecirlos y á colgar una pequeña lámpara delante de cada uno de ellos, para que yo y mi rebaño podamos pedir ayuda y buen consejo en todas nuestras empresas y en todos los contratiempos

de la vida. Ayúdenos V. y los Carmelitas con sus oraciones, que bien lo necesitamos. Hay muchísimo que hacer en todas partes, y necesitamos ayuda temporal y espiritual. Me llaman continuamente con gran urgencia de todos los sitios de este inmenso distrito, y aun cuando pudiera dividirme en pedazos no podría atender á todos. Tenemos que economizar muchísimo para poder vivir, y á pesar de todo las exigencias crecen cada día... Han empezado las funciones de Cuaresma en la iglesia desde que volví: tenemos dos sermones al día, uno durante la Misa y el segundo después de Vísperas. Se cantan muy bien los himnos propios del tiempo delante del Santísimo, después de lo cual tenemos procesión y bendición. Rogad para que no nos entibiemos y para que no desmayemos en el servicio de Dios.»

Hemos copiado esta carta casi por completo porque forma un sumario elocuente de los trabajos de este buen pastor y de los deberes de un párroco. Estas sencillas y sentidas palabras no necesitan comentarios. Hablan por sí solas, y apelan á los corazones de todos los católicos para que acudan á cubrir tan urgentes necesidades. Durante su larga y penosa estancia en Siberia, la fe del P. Gromadski jamás se ha entibiado, ni su celo en el servicio y amor de Dios y de su prójimo ha sido menos ardiente.

¿Quién sabe cuál será la cosecha que recogerá en el futuro entre las nieves de Siberia, ó cuántas gavillas de las diversas espigas de trigo habrá ya reunido en el granero de Dios?

## AFRICA OCCIDENTAL

*En el Sudán.—La Misión de Kita.—La esclavitud*

Desde que la Congregación del venerable Libermann recibió el encargo de evangelizar el Senegal, algunas noticias se han dado de esta Misión. Sin embargo, apenas sabíamos cosa alguna de gran parte de aquel país, tanto era lo que se apresuraba la muerte ó herir á los obreros que iban á cosechar la mies evangélica. El P. Cros, junto con algunos dibujos que reproducimos, nos envía las siguientes noticias de aquella región.

La Misión de Kita, fundada á fines de 1888, está instalada á 1,300 kilómetros de la costa del Senegal, en el centro de una meseta donde nacen dos de los principales ríos del Africa Occidental, el Senegal y el Niger. Este país, indiferentemente llamado Alto Río, Alto Senegal, Alto Niger, Sudán francés y Sudán Occidental, es una región muy escabrosa, que ofrece al viajero sitios tan pintorescos como variados y grandiosos. En los valles, formando ora llanuras inmensas, ora angostos desfiladeros, corren, durante la estación de las lluvias, verdaderos torrentes, que echan sus aguas en el Senegal ó en el Niger. (*V. el grabado de la pág. 112*).

Si los accidentes del terreno ofrecen á menudo imponente aspecto, no sucede lo mismo con la vegetación. A consecuencia del declive del suelo y del ardor del sol, las corrientes de agua formadas por las lluvias del invierno se secan pronto, y de esos torrentes impetuosos no queda en breve más que algunos charcos cenagosos. A medida que la humedad disminuye, languidece la vegetación, excepto á orillas de los ríos y de

sus principales afluentes, en donde se admira constantemente la vegetación propia de los países tropicales.

En la estación de las lluvias los llanos se cubren de ricas plantaciones de mijo, maíz, alfónsigos y arroz, y en los sitios no cultivados crecen altas hierbas que pueden ocultar á un jinete. Por donde quiera hay un palmo de tierra, todo reverdece con asombrosa rapidez.

Dos tribus hermanas ocupan principalmente el Sudán: los bambaras y los malinkes: los primeros habitan el Beledugu, y los segundos están diseminados por el Buladugu y el Uasulu, y parece se extienden muy adelante en la boca del Niger. La lengua, los usos y costumbres de estas dos tribus son casi idénticos. Un rasgo, sin embargo, les caracteriza: los bambaras gozan de una celebridad de bravura, que sólo tiene igual en la de poltronería de los malinkes: así, mientras los primeros resistían á las hordas de El-Adj Omar detrás de sus temibles *tatas*, los últimos les opusieron la fuga y las inaccesibles escabrosidades de sus montañas.

A unos y otros ha animado hasta el presente igual repulsión hacia los mahometanos, lo que hace estén bien dispuestos para recibir la Religión cristiana. Además, su doctrina religiosa es conforme á la nuestra por las verdades fundamentales. Así creen en la existencia de Dios eterno, creador de todas las cosas, que en otra vida premia á los buenos y castiga á los malos con el fuego: la existencia de los Angeles, buenos unos y malos otros, y la inmortalidad del alma, son igualmente verdades que profesan. Ciertamente que estas creencias andan mezcladas con gran número de supersticiones; pero, tomándolas como punto de partida, no será difícil llevar estas tribus á la fe cristiana.

Una de las mayores llagas de este país es la esclavitud. La esclavitud existe en el Sudán no obstante la ocupación francesa, y subsistirá largo tiempo todavía á pesar de todos los esfuerzos que se hacen para abolirla. No basta, en efecto, dictar Reglamentos, es preciso hacerlos observar. Y mientras las costumbres esencialmente esclavistas de la población indígena no sean transformadas por una civilización profundamente cristiana, no desaparecerá la esclavitud. Se logrará ciertamente impedir la caza de esclavos, y esto, más bien que motivos religiosos, es lo que excita los furios de los *piadosos* mahometanos como Amadhu, Samory y otros. Se podrá también prohibir los mercados de esclavos en las cercanías de los puestos militares; pero querer impedir que las caravanas de esclavos pasen á un centenar de kilómetros de dichos puestos; que los padres vendan á sus hijos y los maridos á sus mujeres; querer impedir que el más fuerte oprima al débil, es pedir lo imposible. Para obtener este resultado sería preciso poner un europeo al lado de cada indígena, y aun el éxito parecería dudoso. Que no se hable del concurso de los jefes indígenas, quienes sólo ayudarían á detener las caravanas á condición de que quedasen esclavos suyos los que se cogiesen, ó que por lo menos pudiesen *comprar cautivos* con el precio de sus servicios. No les conocería quien se fiase de sus sentimientos de conmiseración para con sus semejantes.

Respecto á las crueldades con que se trata á los infelices condenados á la esclavitud, no tienen límite. En el Uasulu, donde á causa de su abundancia se venden á vil precio, las mayores atrocidades se cometen libremente y todos los días.

Véase lo que ocurre después de la toma de una aldea, es decir, cada vez que Samory está en guerra con uno ú otro de sus vecinos, ó está descontento de una de las numerosas poblaciones de su imperio, ó quiere muchas para poblar su harén.

Tomado el pueblo pasan á cuchillo, con refinamiento de crueldad, á los hombres y á cuantos pudiesen hacer todavía alguna resistencia. Las mujeres, excepto las reservadas á los jefes, las entregan á los soldados. Antes de organizar la partida arrancan los niños de pecho de los brazos de sus madres, abren el seno á las mujeres en cinta, rompen los miembros á todos los que no pueden hacer una marcha rápida, y echan todos esos troncos informes, todos esos miembros palpitantes, en las llamas que consumen la población. La caravana emprende el camino á la luz de la hoguera fúnebre y en medio de los cantos de triunfo. Casi todos nuestros niños han asistido á estas escenas lúgubres antes de ser vendidos en los mercados de Uasulu, y hablan de ellas con un espanto fácil de comprender.

Esto es lo que hace Samory. No será inútil observar que él mismo es un antiguo esclavo, mahometano fanático, que predica la guerra santa como Amadu-Segu, y que es un musulmán atento, civilizado é instruido.

A condición de no maltratar á los esclavos, de no exponerles á la venta en mercado público, y de proveerse de un pasaporte que debe ser visado en las estaciones, las caravanas circulan libremente por el Sudán francés. Esto es todo lo que puede exigirse actualmente, y sería prematuro pretender más, pues las caravanas pasarían entre los puestos militares en vez de seguir la ruta que los une, y se sustraerían á toda vigilancia.

En cada pueblo importante un corredor de esclavos sirve de intermediario, entre mercaderes y compradores. En Kita el precio medio de un niño de diez á doce años es de ciento cincuenta francos; de más edad cuestan doscientos francos por lo menos, y se puede obtener uno más joven por cincuenta francos.

Estos precios varían un poco según las épo-

cas, y sobre todo según la caza que hace Samory, pues casi todos los esclavos que pasan á Kita son originarios del Uasulu.

El trayecto de la costa á Kita se hace ahora por el río Senegal hasta Kayes (unos doce días). De Kayes á Bufalahé hay ferrocarril de vía estrecha. Esta línea se prolonga ahora hasta Diubeba.

Bakel, en el río Senegal, es el primer puerto perteneciente al Sudán. Al principiar la campaña del teniente coronel Bonnier los puestos más avanzados eran: al Norte, D'jenne, Bandiagara, á unos doscientos cincuenta kilómetros de Tombuctu, y al Sur, por el lado de los ingleses, Jarranah, en el Kisi. Kita está casi en el centro del Sudán. De allí parten los caminos del Norte para Bamaku, Segou, D'jenne, Bandiagara, Kabara y Tombuctu, y del Sur para Sigiri, Kaukan, Keruané, Bisaudugau y Jarranah.

Alentado por la Administración el Ilmo. Picarda, vicario apostólico de Senegambia, á fines de 1888 envió á algunos de sus misioneros para que se estableciesen en Kita. Su primer cuidado fué escoger, á veinte minutos del pueblo, un terreno para una obra destinada á los niños. Hemos levantado ya para ellos numerosos edificios, pues además de la escuela dirigimos el aprendizaje de diversos oficios, como carpintería, sastrería, herrería, zapatería, etc. También se enseña en cuanto es posible la agricultura. En la actualidad tenemos cincuenta muchachos y diez niñas, éstas educadas en una familia cristiana, hasta que las circunstancias permitan hacer un llamamiento al concurso tan abnegado y necesario de las Religiosas. Algunos de los muchachos son

hijos de jefes ó de notables del país; los otros, esclavos libertos encomendados al establecimiento por el comandante militar, ó rescatados con las ofrendas de los bienhechores. Estos niños, arrebatados á la esclavitud, formarán un día familias cristianas libres, en las cuales fundamos liasonjeras esperanzas para la regeneración del país.

## ECUADOR

USOS Y COSTUMBRES DE LOS SALVAJES, Y TRABAJOS DE UN MISIONERO, POR EL R. P. FRAY ENRIQUE VACAS Y GALINDO, DE LA ORDEN DE PREDICADORES.

### VI

*Los dioses y su divino néctar*

CUANDO un jívaro va de visita, suspende la *shigra* (1) del

(1) Shigra, bolsa de malla, especie de morral, del porte de un guarniel.



MONTAÑAS BERROQUEÑAS.—La hija de un jefe indio. (Pág. 109)

hombro izquierdo para llevar el *itipi*, los adornos de gala, un espejo y las pinturas con que colorarse; báñase antes de llegar á la casa donde se dirige, sacude la larga cabellera, la peina, la compone y ciñe el *tendema* de brillantes plumas; toma el espejo que nunca le falta, y, con el cuidado y delicados ademanes de una dama en el tocador, colora el rostro, se pinta el pecho, se abigarra todo el cuerpo, chántase *itipi* nuevo, y anuncia su venida con un cuerno ó caracol que resuena

encresparían la melena, erizarían el lomo, sacudirían la hinchada cola, darían coces, moverían todos los miembros del cuerpo, y sería su palabra rápida y brillante como el relámpago, terrible y atronadora como el trueno; el tono de voz revelaría la fuerza de su espíritu y lo formidable de sus proyectos. Pues esa es la discusión y oratoria de los jívaros: la voz de Estentor, el cuerpo todo entra en acción, los pies y las manos se mueven, el pecho espacioso se hincha, los ojos arrojan centellas,



MONTAÑAS BERROQUEÑAS.— Orillas del lago Chelan. (Pág. 109)

majestuosamente en el bosque, y cuya rápida vibración va como marea instantánea á anunciar la llegada de la visita.

Su saludo es de un rey ó gran personaje, que desde la primera palabra quiere atraer la atención sobre su persona.

—Vengo yo, dice: *Uñahc*.

—*Uñita*: «Ven tú,» le contesta el dueño de casa, sin moverse de su asiento, porque es tan rey y soberano como el huésped que se presenta. Siéntase éste, y no deja desprender palabra de los labios antes de ser invitado por el otro á hacerlo. Para invitar á hablar al huésped, el dueño de casa sacude el cabello, lo compone, ciñe el *tendema*, muda el *itipi*, colora el rostro diligentemente, toma asiento frente á su amigo y expone el tema de conversación.

He aquí al momento en acción dos actores del drama más espléndido y arrobador que jamás vieron los tribunales de Grecia y Roma, ni los parlamentos de la moderna Europa; drama verdaderamente indescriptible, que es menester presenciarlo para formase cabal idea; nunca derramaron ríos de elocuencia tan arrebatadora Demóstenes y Cicerón; y la acción y gesto maravillosos de Mirabeau y Lacordaire no superaron, no, el gesto y acción, salvajes sí, pero naturales, patéticos, electrificadores y sublimes de los jívaros. No son hombres, lector, os que te presento, son leones: si los leones hablasen,

la frente brilla como la de un soberano, la cabeza se sacude, la cabellera se derrama por toda la espalda desnuda; cree el espectador encontrarse cerca de dos hombres poseídos del demonio, por la agitación, la vehemencia, la voz atronadora, la fuerza de imaginación con que hablan; parecele á veces asistir á una disputa acaloradísima en la que cada contrincante despliega un lujo de elocuencia y erudición que él mismo no puede contener.

Mientras el uno declama, va repitiendo el otro: *sí, no, qué más, qué tal, pues bien, así es...* hasta que haya terminado; y éste entonces toma la palabra, mientras el primero se pone á repetir: *sí, no, qué más, etc...* Lo más notable es la rapidez y precipitación con que hablan, que apenas se alcanza á percibir las sílabas que pronuncian más acentuadas. Los macaveos mismos, aunque harto instruidos en el idioma, confiesan que muchas veces no pueden comprender lo que entonces dicen los jívaros.

Cuando las visitas son muchas, tómanse entre dos ó tres parejas de oradores que no necesitan de tribuna y declaman al aire libre, como O'Connell: y entonces imaginemos una brega de otras tantas parejas de leones, derramando raudales de la elocuencia más arrebatadora y terrible. Imaginemos cuatro jívaros de pie, los dos frente á los dos, esbeltos, robustos, de miembros fornidos y bien proporcionados, ceñido el *tendema*, pinta-

rrajados, y vestidos de gala; con lanzas á la mano, ardiendo de venganza, rodeados como de una atmósfera de furor, arengándose y discutiendo sobre el porvenir de la tribu, de la familia y propia persona, y aniquilamiento de los enemigos. La lanza vibra en la mano rápida y terrible, parece que va á clavarse en el pecho del adversario contrincante que le mira impertérrito; unas veces retrocede, otras se dirige por el costado, por la cabeza, por los pies, formando zetas y rápidas espiras, y otras se la hace blandir con sin igual destreza. Habla el jívaro de batallas, de venganzas ó asesinatos; parece que no habla él sino la lanza, ó mejor habla el jívaro, pero la lanza va realizando su palabra. En la civilización moderna, la electricidad parece la palanca que debe mover el mundo; en el Océano las corrientes agitan la inmensa mole de aguas, para purificarlas: entre los jívaros todo esto lo hace la lanza.

La lengua indudablemente se presta á maravilla para esos patéticos y asombrosos lances del espíritu humano, tan naturales á la raza inteligente, belicosa y feroz de estos salvajes, y tan á menudo y admirablemente desempeñados por ellos. ¡Oh! es un idioma perfecto, filosófico, sentimental, sonoro, armonioso y conciso; de una energía semejante al ánimo audaz de quienes lo usan; quizá más rico que ningún idioma europeo en la parte sentimental, zoológica y botánica, y como ninguno en el mundo en la expresión gráfica de los efectos terribles de la naturaleza. Hasta la más mínima planta, hasta el insecto más diminuto de los infinitos árboles y animales que pueblan esas selvas cuenta un nombre propio. Ninguna lengua como la jívara, describe tan al vivo el fragor del rayo, el rugido de la tempestad, el bramido del huracán, los golpes estupendos del combate, la rapidez devoradora del incendio, los ayes dolorosos y horrores de la muerte... Tiene interjecciones mil: el auxiliar *ser* entra en la formación de todos los verbos, á la manera que las desinencias del nombre latino en la formación de los casos; ¡qué combinaciones tan enérgicas y concisas, qué figuras tan vivas, qué imágenes tan brillantes!... Con razón dijo un conocedor de esta raza y de la lengua: «Si los jívaros fueran civilizados, serían los mejores poetas del mundo...»

Es notable, sin embargo, que los capitanes jívaros jamás declamen en presencia de auditorio colectivo, ni comuniquen, por medio de la palabra, á sus soldados congregados el fuego abrasador de venganzas que los consume; lo hacen sí, y con admirables resultados, como hemos visto; pero estos oradores que parecen electrizarse mutuamente, son tan sólo de parejas en que uno atiende mientras habla el otro, y éste calla para atender cuando su interlocutor principia á hablar. De esta manera se convidan á las fiestas, se citan á grandes pescas y cazas: recorre toda la tribu, va á todas las casas, habla á cada individuo en particular; lo arenga y lo persuade el capitán que quiere reunir soldados y hacer expediciones á tribu enemiga llevando muerte y exterminio; pero nunca dirige la palabra á un auditorio popular. Nankijukima, capitán del Morona, y Palate, capitán de Canelos, son quizá los únicos salvajes que, á imitación de Napoleón y César, han inspirado el fuego y valor de su pecho á los soldados por medio de arengas. Palate tal vez aprendió de los blancos y mi-

sioneros á cuya sombra se ha formado; mientras que Nankijukima fué á Macas por primera vez muy joven aún, y quedó maravillado, viendo que los macaveos escuchaban en silencio y con respeto, en el templo, las instrucciones y exhortación que el sacerdote les dirigía. Pensó por entonces que sólo éste gozaba de tan singular privilegio; y en sus adentros tomó la lección para repetirla á los suyos, cuando él se arrogase las atribuciones del sacerdocio de su tribu, como lo hizo tiempos después. Pero en varias otras ocasiones vió en Iquitos y Yurimaguas declamar al aire libre á los subprefectos y gobernadores y otros blancos ante el pueblo que los escuchaba de pie, entre vivas y aclamaciones frenéticas; y esta oratoria popular, estrepitosa, turbulenta y atronadora, le agradó más que la grave y majestuosa oratoria sagrada, y se propuso desde entonces ser el primer orador popular de las tribus del Morona.

Terminado el diálogo que hemos descrito, hablan con naturalidad, en términos inteligibles y comunes y hasta de broma, porque gustan mucho de agudeces y chistes los hijos del desierto.

Las mujeres nunca tercián en la conversación con los hombres, y concluidos los discursos de éstos, el oficio de ellas se reduce á servir chicha á los presentes. Es general costumbre que á todo el que viene de visita se le han de obsequiar tantas *piningas* de chicha cuantas son las mujeres que hay en la casa; si hay una sola, se le han de brindar tres.

En fin, después de haber hablado de los dioses y las diosas, tiempo es de dar á conocer su divino néctar, esa ambrosía tanto más deliciosa á los hijos de las ninfas de esa soledad, cuanto repugnante á los hijos de la civilización y al común de los mortales.

El indio puede pasar, y pásase de hecho cuando ayuna, largo tiempo sin probar carne ni comer pescado, y aun puede pasar días enteros sin comer nada, pero es imposible que pase muchas horas sin tomar chicha. Si tiene chicha, todo lo tiene con ella y le basta, porque le sirve de comida y bebida, y no desea más; pero si le falta, nada tiene, aunque nade en la abundancia: todo lo desprecia, le repugna todo, se pone triste, melancólico y sombrío, y preferiría morir para siempre antes que vivir sin beberla un solo día. Cuando la tiene, se alegra, se estremece de gozo, tiembla de contento tanto mayor cuanto más larga ha sido su privación; y entonces apura y engulle de seguida diez, doce y más litros, de manera que se ve sensiblemente crecer, arredondarle y templársele el abdomen como tambor á punto de reventar.

En sus largas expediciones militares, en las pescas y cacerías en grande, y siempre que prevé que faltará mano amiga que le sirva chicha, el salvaje dejará cualquier otra cosa antes que el mazato fermentado, envuelto en atados de hoja de plátano, para prepararlo doquiera encuentre arroyos de agua limpia; entonces basta batirlo en una jícara con agua, y la chicha está preparada.

Pero ven, lector, y presenciemos la elaboración de esta mágica cerveza, que en lengua jívara se denomina *nijamanchi*.

Cocida la yuca, se la pone humeante sobre anchas y verdes hojas de plátano, y en este estado, sin duda es

alimento realmente delicioso y provocativo. Pero comienza entonces la verdadera preparación de la chicha: las mujeres aplastan y amasan la yuca entre las manos ó la machacan con un mazo; ¿y después?... Después la mascan, la impregnan de saliva, y esa masa glutinosa, sacándola de la boca, la ponen en una olla grande... He aquí todo, la chicha está hecha; porque como la saliva es levadura activísima y fermento de fuerza excesiva, incontinenti principia á fermentar y se halla en estado de beberla. Para esto viértese límpida agua en una *pinínga*; allí se liquida aplastando y moviendo con las manos negras el mazato blanco y pegajoso, y se le presenta á los convidados... Si tienes valor, lector mío, acepta la bebida favorita, el *mijaman-chi*, el champaña exquisito de los dioses del Oriente... Yo prefiero beber agna limpia del arroyo, y te aseguro que vírgenes están mis labios de haber libado en *pinínga* el blanco y espumante licor preparado por las manos negras, los dientes carcomidos y la saliva repugnante de las dríadas del Morona y del Pastaza.

De igual manera hacen también chicha de plátanos, de la fruta de chonta denominada *chontaruru*, etc....

## CHILE

RELACIÓN DEL R. P. FR. BERNARDO SUDIABRE, MISIONERO FRANCISCANO, AL R. P. PREFECTO FR. FELIPE S. BÓRQUEZ, SOBRE LAS CORREERÍAS DE INDIOS QUE HIZO EN LA PREFECTURA DEL COLEGIO DE CASTRO EN EL AÑO 1895.

HABIENDO terminado las correrías evangélicas entre los indios pertenecientes á la prefectura del colegio del Santísimo Nombre de Jesús de Castro, nada es más satisfactorio para este su humilde súbdito que dar cuenta á S. P. R. del resultado de ellas.

No bien recibí la orden y comisión que S. P. se sirvió comunicarme de visitar á los referidos indios, para confirmarlos en la fe, y acompañar á la vez al muy reverendo Padre comisario general Fr. Benedicto Díaz, en la santa visita que practicara en todas las Misiones de la Araucanía, el 7 de Marzo del presente año tomé el tren que conduce á Temuco para ir á Nueva-Imperial, en donde se encontraba el muy reverendo Padre Comisario, su secretario P. Fr. Diego Bahamonde, y el P. Fr. José María Quesada.

Al día siguiente salí de Temuco, y después de haber recorrido un camino de unos cuarenta kilómetros llegué á la Misión de San Miguel de Nueva-Imperial, en donde me esperaban los demás Padres para proseguir la labor evangélica.

Al efecto, los Padres misioneros Fr. Juan E. Vera y Fr. Francisco Sánchez tenían avisados á los caciques de las distintas Reducciones, para que bajasen el día 10 á la Misión con toda la indiada de sus cacicatos. Así sucedió, porque el día mencionado vimos llegar á los indios desde muy temprano en distintos grupos.

Al verlos llegar tan alegres y festivos, con sus variados trajes de gala, no pude menos de derramar lágrimas de regocijo por la espléndida cosecha que habíamos de tener en ese día, arrebatando á la barbarie sus más caros trofeos, y al espíritu de las tinieblas sus inexpugnables trincheras, en donde pocos años ha pa-

seárase dueño y señor absoluto de estos impenetrables y hasta cierto punto misteriosos campos araucanos, cuyos muros, por fin, han caído desplomados, cual otra Jericó al son del clarín sonoro del Evangelio (1) para dar libre acceso al misionero franciscano, que sin más divisa que la cruz, va á colocar este signo glorioso en el corazón de las tribus araucanas, para sacarlas de la apatía y postración en que se hallan, y unirlas al rebaño del Pastor universal.

Después de un buen almuerzo que los Padres hicieron preparar á los indios, comenzamos la diligencia de asentar las partidas de los que se habían de bautizar y confirmar.

Como á las cinco de la tarde concluimos de bautizar y confirmar á 35 mapuches, entre los cuales se contaban 5 adultos, inclusa una india, que por su aspecto y canas representaba tener más de setenta años.

Concluidos nuestros trabajos apostólicos en esta Misión, resolvimos trasladarnos al día siguiente á la de Nuestra Señora del Carmen de Cholchol, lo que efectuamos el mismo día 11 de Marzo, sin el menor inconveniente.

Cholchol dista unos veintiocho kilómetros de la Nueva-Imperial, y se halla situado al Norte y á orillas del río de su mismo nombre. El camino en esta época es bueno, y los campos son excelentes, regados por el mencionado río, el cual se pasa dos veces para llegar á Cholchol, al través de un extenso valle, que lo circunda una cadena de suaves y preciosas colinas, en las cuales se hallan escalonadas las rucas de los indios á manera de colmenas.

En esta Misión creíamos poder tener más trabajo que en la anterior, por ser la que tiene mayor número de indios que todas las demás; pero no fué así, por haberse descompuesto el tiempo, de tal modo, que no dió lugar á los indios bajaran á la Misión, como ya se les había anunciado por el misionero P. Fr. Pedro José Mansilla. Sin embargo, se bautizaron 21 mapuches, habiendo entre ellos varios adultos que aun no se hallaban en aptitud de recibir el sacramento de la Confirmación, sino 3 de éstos, y 12 párvulos.

Con motivo del mal tiempo, permanecemos en Cholchol hasta el 17 de Marzo, en que salimos para la Misión de San José de Traiguén.

La distancia que media entre esta Misión y la del Cholchol será de unos setenta y dos kilómetros, que recorrimos en menos de ocho horas, por un camino sumamente difícil y escabroso, con muchas y prolongadas

(1) Esta alusión no se realizó total y eficazmente hasta el año 1881, en cuya época el Gobierno tomó posesión de la Araucanía por medio de las armas. Porque, si bien los misioneros vivían entre los indios muchos años antes de esa fecha, y habían penetrado hasta los lugares más importantes y centrales de los dominios araucanos, que los indios guardaban con misteriosa reserva, como la antigua Imperial y Villarrica, á donde no permitían llegar ningún huinca (extranjero), sin embargo, no podían ejercer toda su influencia moral y civilizadora sobre los indios, por las continuas irrupciones y asaltos de éstos á las Misiones, y por la tenaz resistencia que oponían en aceptar la fe y la Religión que nos trajo Nuestro Señor Jesucristo.

cuestas. Las más notables y profundas que forman grandes eminencias son las de Galvarino y Chuquen (1), las cuales se hallan divididas por caudalosos ríos, cuyas aguas se precipitan y estrellan espumantes contra las rocas que interceptan su paso, en contraposición á las del Cholchol y Traiguén, que corren tranquilas y silenciosas haciendo grandes vueltas en medio de los valles de su mismo nombre.

En Traiguén nos detuvimos pocos días, porque los indios no se podían reunir por hallarse en todos los afanes de las cosechas.

El 20 de Marzo salimos para la Misión de San Pacífico de Lumaco (2).

Entre Traiguén y Lumaco habrán unos treinta y cinco kilómetros de camino, el cual, si bien es accidentado, hallábase entonces seco, y pudimos hacerlo en pocas horas.

El caserío de Lumaco se halla situado al Poniente del río de su mismo nombre en un estrecho y profundo valle, rodeado de altas colinas que por todas partes le circundan.

El camino que conduce de Traiguén á Lumaco cae al Oriente de este pueblecito, y antes de llegar á él hay que descender una larga y empinada cuesta, desde cuya

cima se domina todo el valle, que presenta á la vista del viajero un aspecto mágico y encantador.

Al terminar el descenso de esta cuesta tuvimos la satisfacción de encontrar al V. P. misionero Fr. Bernardino Saldivia, y á otros señores que nos salían al encuentro.

Como los indios estaban avisados, el día 28 empezaron á llegar, en grupos, desde las primeras horas de la mañana, llenos del mayor entusiasmo por ingresar en la Iglesia de Cristo, para bautizarse unos y para confirmarse otros. En cuanto concluimos de celebrar el santo sacrificio de la Misa, pusimos manos á la obra de regeneración, principiando por asentar las partidas de bautismo, para terminar con las de confirmación. Practicadas estas diligencias, procedimos á administrar los Sacramentos mencionados á 41 de los primeros y 47 de los segundos, entre párvulos y adultos.

El 23 de Marzo dejamos la floreciente Misión de Lumaco para dirigirnos á la de Santa Rosa de Cañete, tomando el camino de la cordillera de Nahuelvuta (1), con el fin de aprovechar el vaporcito de la laguna de Lanahue (Diablo muerto). Para poder transmontar la cordillera y llegar á Cañete en un solo día, nos fué preciso pasar la noche en el pintoresco pueblecito de Purén (lugar de muchas batallas), que dista unos treinta y cinco kilómetros de Lumaco, y está situado al Este y á orillas del río de su mismo nombre, á inmediaciones y al Oriente de la mencionada cordillera.

(1) Este nombre es compuesto de *Nahuel*, que significa *Tigre*, y *Vuta*.—La *v* pronúnciase como la *v* alemana, que equivale á nuestra *f*, y quiere decir grande.

(1) En el idioma indígena se pronuncia *Thuquen*, haciendo sonar la *v* como *f*, y significa, lugar de cenizas.

(2) Lumaco, nombre compuesto de *Có*, que quiere decir agua, y *Luma*, una madera muy fuerte, que por lo regular crece en los lugares húmedos y al pie de los ríos, de la cual se hacen puntas de arado, ejes y rayos de carreta, y otros útiles de labranza que exigen duración y consistencia. Hállase en mucha abundancia al pie de este río.



SIRIA.—Deir-Sem'an. Capilla del siglo V. (Pág. 111)



GABÓN. — Grupo de adumas. (Pág. 114)

En la mañana siguiente, muy temprano, seguimos nuestro viaje, el más penoso y difícil que haya hecho en mi vida. A poco andar de Purén, el camino se interna en la cordillera, siguiendo aguas arriba por un profundo y estrecho cajón del mencionado río, el cual pasamos unas quince veces sobre otros tantos puentes en un trayecto relativamente corto, al través de elevadas montañas, cubiertas de espesos bosques de árboles seculares, cuyos frondosos ramajes obscurecen la luz del día.

Al penetrar en estas agrestes selvas nuestro horizonte se reduce á pocos metros. Obsérvanse á uno y otro lado del camino grandes eminencias, riscos escarpados, montañas inaccesibles cortadas verticalmente, y profundas hoyadas por donde se deslizan innumerables arroyos.

Después de observar atentamente á nuestro alrededor y de persuadirnos que no había otro medio de salvar aquella empinadísima montaña, sino avanzando de frente, emprendimos la marcha, que fué penosísima.

Faltan pocos minutos para las diez de la mañana y estamos todavía á unos veinticinco kilómetros de Contulmu (bosque en el agua), en cuyo lugar debemos estar antes de las doce, para aprovechar el vaporcito que ha de conducirnos al otro lado de la laguna, á fin de poder llegar temprano á Cañete.

Contulmu es una pequeñísima aldea formada por colonos alemanes, y se halla situada al pie de la cordillera y á dos kilómetros de la laguna.

Concluyo, reverendísimo Padre Prefecto, esta mal pergeñada relación del viaje que he realizado, con la más grata satisfacción de haber hecho cuanto ha estado de mi parte en favor de los pobrecitos indígenas sujetos á su jurisdicción, no obstante las penosas marchas y contramarchas que he debido realizar para recorrer todas las Misiones de la prefectura, por las largas distancias que las separan unas de otras, todo lo cual doy por muy bien empleado, toda vez que se trata de la gloria de Dios y de buscar la oveja perdida en el desierto, sin esperar otra recompensa que la de su infinita misericordia.

Resumen de los indios bautizados y confirmados en las Misiones, durante la visita del presente año.

Nueva-Imperial, 35 bautizados y 35 confirmados.

Cholchol, 21 id. y 15 id.

Lumaco, 41 id. y 47 id.

Total, 97 bautizados y 97 confirmados.

### MISIÓN DE YAKIMA EN LAS MONTAÑAS BERROQUEÑAS

(ESTADOS UNIDOS)

RELATO DEL P. VÍCTOR GARRAND, S. J.

#### II (CONCLUSIÓN)

La antigua iglesia de la Misión es San José de Attanam, á veintitrés kilómetros del Nort-Yakima; por ahora sólo celebramos en ella una vez al mes durante el verano. Después se construyó la de San

José en Yakima-City. Más tarde, para estar próximos al ferrocarril, se fundó North-Yakima, donde establecimos primero una residencia (1886); y luego, atendido el considerable aumento de su población, construimos una iglesia, en la que instalamos la parroquia (*V. el grabado de la pág. 101*). Yakima-City sólo es administrada dos veces al mes durante el invierno. En North-Yakima tenemos igualmente la Academia de las Hermanas de la Providencia y la escuela industrial de San Francisco Javier para los indios.

Servimos también una cuarta iglesia, la de Santa María de Linscoe, construida en 1889-1890, por y para los indios. Véase cómo.

Hasta el año 1888 les habíamos reservado una de las dos naves superpuestas de que se compone la iglesia del North-Yakima; pero ante el acrecentamiento de la ciudad y la ostentación de los trajes americanos, nuestros indios, que se creen superiores á la raza blanca, no podían ver sin indignación los «Rostros pálidos» pavonearse con la seda, cuando ellos no poseían para cubrir su dignidad sino mantas de lana de varios colores y plumas de aves.

—Los blancos se burlan de nosotros, me decía Ignacio, el gran jefe; no podemos orar de corazón cuando los tenemos cerca.

Por Navidad de 1888 reunióse el gran consejo, y se decidió la construcción de una iglesia en su Reserva. Desde luego y durante seis meses trabajaron los indios en reunir materiales; luego vinieron á pedirme un plano, y se lo tracé muy sencillo.

—No satisface nuestros deseos, me objetaron, pues queremos una iglesia más hermosa que la que habéis construido para los blancos.

Plúgoles otro plano, y lo ejecutaron con bastante exactitud. Entre estos pobres indios tan menospreciados hay carpinteros y otros trabajadores que pueden rivalizar con los de los blancos. El más hábil de ellos, Patrick Yoomy, reprodujo el plano en escala tres veces mayor y con tanta fidelidad como hubiera podido hacerlo un arquitecto: luego puso manos á la obra, secundado por sus compatriotas, y en 1890 estaba construida la iglesia, que ciertamente es elegante. La hemos dedicado á la Inmaculada Concepción. Dista mil quinientos metros de la capilla protestante, edificio que nada honra á sus autores.

He nombrado á Ignacio, el gran jefe de los yakimas: su físico no será ciertamente muy bello, pero tiene energía y talento, cosa rara entre los indios. Es el último superviviente de los tres jefes que firmaron el tratado de paz con los americanos después de la guerra de 1855-56 (contaba á la sazón de veinticinco á treinta años). Respetado por el Gobierno y por toda la tribu, es buen católico. Su mujer, Agustina, no es inferior por su inteligencia á las mejores cristianas blancas, y goza de extraordinario influjo entre los fieles.

De tres años acá nuestra escuela india es el principal objeto de mi ministerio; pero las dificultades van en aumento. En 1889 contábamos sesenta alumnos: veintiocho muchachos y treinta y dos niñas, y con una

subvención considerable del Gobierno. Posteriormente han disminuído hasta cincuenta, y aunque el Gobierno nos ayuda porque quiere darse aires de generoso, nos hace al mismo tiempo una guerra sorda por medio de sus agentes. Por otra parte la mayoría de los indios, lejos de apreciar la escuela la detestan. ¿Queréis conocer sus motivos? Helos aquí, reunidos en las breves palabras que en Agosto de 1820 me dijo Antonio, jefe de una tribu del condado de Okanagan, á quien pedí que enviase sus hijos á la escuela.

—Ropa Negra, ¿se puede ir al paraíso sin saber inglés?

—Ciertamente.

—Pues entonces preferimos ser pobres, miserables, y quedarnos indios, que llegar á ser ricos, considerados y dichosos sabiendo inglés y transformándonos á la manera de los blancos. Cuando hablaremos su lengua tendremos toda su maldad, darán sus malos libros á nuestros hijos, y nuestros hijos se harán malos y nunca irán al cielo. No, no nos hables de escuela. El día en que nuestros hijos estén instruídos, ya no serán indios, sino blancos y peores que los blancos: deja que continúemos siendo indios, é instrúyenos como lo han hecho los otros misioneros.

Algo hay de verdad en este discurso del jefe; pero es preciso considerar que como los emigrantes afluyen de continuo en el país, los hijos de los indios se encontrarán forzosamente en contacto con ellos. Si no les enseñamos el inglés, otros se encargarán de esta tarea, haciéndoles al mismo tiempo protestantes ó más bien indiferentes é incrédulos.

Las escuelas, por consiguiente, son de la mayor importancia para nuestros niños. Cuando estoy en North-Yakima les enseño el Catecismo todos los días, en el idioma del país, siendo yo el único europeo que habla la lengua yakima.

El número y la diferencia de las lenguas indias, muchas de las cuales han desaparecido con las tribus que las hablaban, es cosa digna de notarse. Desde Nueva York á San Francisco, y desde el Canadá á la Florida, la raza era la misma: idénticas costumbres y rasgos físicos (salvo algunas excepciones, como por ejemplo los salvajes mejicanos de cabellos rubios y crespos); pero las lenguas son totalmente distintas. Cuéntanse en China varios dialectos, y sobre todo pronunciaciones diversas; pero en aquel inmenso imperio la lengua escrita es casi en todas partes la misma; mientras aquí ni siquiera las tribus vecinas se entienden. Así es que, siendo extrañas unas á otras, ó no conociéndose sino para hacerse la guerra, no han podido agruparse y formar una nación. De otra suerte, si como los chinos hubiesen tenido un espíritu nacional, y por consiguiente una civilización, probable es que la América no hubiera sido de más fácil acceso que la China. Nuestros indios, por lo menos los de nuestra Misión, á mi parecer son de origen asiático y conservan muchas de sus costumbres primitivas. En su lengua he encontrado no pocas palabras turcas ó tártaras: además, la composición de las voces y de los verbos es idéntica que en turco.

El comportamiento de nuestros alumnos es muy bueno, y sus adelantos bastante satisfactorios. No se les enseña únicamente á leer, escribir, etc., sino que á los estudios se asocia el trabajo manual, y nuestra escuela justifica su título: *Industrial school*. El Gobierno impone esto como condición del subsidio que nos concede, pues la vida salvaje en el desierto se ha hecho imposible, y es preciso cultivar la tierra ó aprender un oficio.

De los cinco distritos que nos han sido encomendados, el de Yakima es el que cuenta con más católicos: en los demás están muy dispersos, y es preciso multiplicar las correrías en cabalgadura para visitarles. Ciertamente no es esa una vida agradable, cuando no es raro que el termómetro marque en invierno —45° centígrado, y en estío 45° de calor á la sombra. Además, el país está infestado de reptiles, en particular de serpientes de cascabel, que con un calor tan extraordinario están muy excitadas y dispuestas á lanzarse sobre el descuidado pasajero.

Con tales condiciones fácil es comprender que las visitas no pueden ser frecuentes ni mucho menos. En el condado de Clickittat nuestras setenta familias católicas estuvieron dos años sin ver al sacerdote. El Padre Laure, marsellés infatigable y robusto, ha ido recientemente á confortarlas.

El P. Roiberti, anciano y achacoso, no puede hacer tanto, ni yo tampoco.

El P. Rougé tiene á su cargo el condado de Okanagan, parroquia de unos quinientos kilómetros de largo. Como sus indios están muy diseminados, los reúne de vez en cuando en cuatro estaciones ó capillitas construídas, parte por los indígenas, y parte con las limosnas recibidas de Europa.

Con otro género de dificultades tiene también que luchar dicho Padre misionero. Como impide á los indios que beban el whi-ki, verdadero aguardiente con que se aniquila á esas infelices tribus, resulta que son enemigos del Padre todos los bebedores indios y más aún los blancos, y una vez lograron se le prohibiese la entrada en la Reserva por el agente del Gobierno, harto crédu-lo ó mal intencionado.

Poco después de su llegada el P. Laure, estando en conversación con el jefe Ignacio, preguntóle:

—Cuando eras niño, Ignacio, ¿había muchos indios en estas montañas?

—¡Sí, Padre, y eran felices! ¡eran otros hombres!

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que tenían víveres en abundancia: el ciervo de los montes, el búfalo de la llanura, el salmón de los ríos, con las patatas silvestres y los frutos de los árboles; ¡qué vida tan bella! ¡Siempre cazar, siempre comer, viajar siempre!

—Pero ahora que eres dueño de un cortijo y vives como los blancos, tu dicha es mayor: tu choza de madera con un hornillo vale más que las antiguas tiendas de pieles; y después de una buena cosecha tienes provisiones para tí y los tuyos durante el invierno.

Ignacio montó en cólera é indignación, y contestó con elocuencia:

—Los blancos nunca hicieron bien al indio; muy al revés. Sin contar las tierras que nos han robado, diez-man tanto como pueden á nuestras tribus, y pronto se habrá extinguido nuestra raza. Antes de su venida no sabíamos lo que eran enfermedades, y después la escrófula y la tisis nos destruyen lentamente. En lo más fuerte del invierno antes de salir el sol íbamos todos, hombres, mujeres y niños, á bañarnos en el agua glacial, lo que nos hacia robustos é insensibles al frío. Vinisteis entonces con vuestro café y vuestro whi-ki, vuestras malas costumbres y las enfermedades consiguientes. Habéis muerto todos nuestros búfalos, des-pobláis nuestros ríos, y nos obligáis á llevar una vida que no es para nosotros. El blanco coge al indio y le corta la cabeza.

En efecto, antes cada tribu india tenía su valle y sus montañas. En las épocas de caza ó de pesca, si no se estaba en guerra con las tribus vecinas, cada familia cantaba el «¡A mí el sol y el espacio!» y emprendía la marcha á través de praderas y montañas. Por la noche cortaba doce pinos, que dispuestos en cono y cubiertos con la piel de búfalo, formaban el wigwam. Se guisaba y bailaba, y por último con un tranquilo sueño restauraban sus fuerzas para la próxima jornada.

Quiera Dios que las ligeras notas que acabo de escribir atraigan sobre los últimos descendientes de estas tribus indígenas la simpatía de las personas que se interesan por el progreso de las Misiones lejanas. Mi última palabra será pedir á vuestros lectores alguna oración en favor de estos infelices indios, y que rueguen al Sagrado Corazón y á la Concepción Inmaculada por el valor y perseverancia de sus humildes misioneros.

## VIAJE EN LA SIRIA SEPTENTRIONAL

A LAS RUINAS CRISTIANAS DE LOS SIGLOS IV, V Y VI

POR EL R. P. JULLIEN, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

XIX

Deir Sem'an ó Telaniso

**D**EIR Sem'an es indudablemente la aldea de Telaniso, junto á la cual, según refiere Teodoro, San Simeón se retiró á una montaña y moró en una columna. En lo sucesivo la multitud de peregrinos se detendría y alojaría allí, y gracias al concurso de forasteros la aldea se convirtió en villa.

La primera ruína que en ella se encuentra bajando de Qala'at Sem'an, es la de un establecimiento considerable. Comprende dos vastas habitaciones, completamente rodeadas en los dos altos de pórticos formando galerías cubiertas. Una especie de puente con tablero de piedra conduce desde el piso superior á una ancha explanada, cortada en la dura roca de la montaña frente de un sepulcro que parece una casa.

El suelo de las habitaciones y de los pórticos era de madera. El conjunto de las construcciones y particularmente los pórticos que los circuyen, parecen indicar un hospital, uno de esos hospicios semieclesiásticos lla-

mados *xenodochium*. A pocos pasos al Sur se levanta una tercera y espaciosa casa de tres pisos, de pórticos y de construcción análoga, que serviría de habitación á la Comunidad encargada del hospicio.

No cabe duda que el nombre actual de Deir Sem'an, el monasterio de Simeón, que los indígenas dan á esta localidad, no se refiere á estos grandes establecimientos.

Además de los edificios religiosos los peregrinos hallaban en Tolaniso hospederías particulares ó *pandocheion*.

En la puerta de una casa de aspecto nada notable léese en griego:

«X M I (Cristo, Miguel, Gabriel). Esta hospedería

Las dos grandes iglesias de Tolaniso no nos revelaron gran cosa después de la de Qala'at Sem'an. Empero en una hermosa capilla admirablemente conservada hicimos un descubrimiento. Excavando la tierra y los excrementos de animales que cubren el suelo, vimos un bello mosaico de mármoles de colores sobre fondo blanco, con dibujos geométricos, flores y una inscripción griega al pie del altar.

Una mujer que divagaba por las ruínas con algunos carneros, nos trajo agua, y después de haberlo lavado todo, pudimos fotografiar el mosaico y la inscripción escrita con dados pequeños de mármol negro.

«Mes... año... del piadosísimo Althakon, periodonta, y de todos los suyos.»

El Sr. de Vogué, hablando de este descubrimiento á



SUDÁN.— Paso de Tukoto. (Pág. 103)

(pandocheion) se terminó el 12 Panemus del año 527. Cristo sea nuestro socorro.

«Simeón, hijo de Tumias, lo hizo.»

La fecha corresponde al 22 de Julio del año 479 de nuestra era, vigésimo de la muerte de San Simeón Estilita.

Otra casa común muestra en el dintel un rosetón, las letras sagradas  $\Lambda \Omega$ , y debajo la inscripción siguiente:

«Este pandocheion fué fundado el 15 del mes Huperberetaius, indicción 3, año 528. Salud y prosperidad á los señores Augustos.»

La fecha es del mismo año que la de la inscripción precedente, 479, 1.º de Septiembre.»

la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, ve en él la prueba de que en la Siria Central, como en todos los puntos del Oriente y del Africa donde se han hallado basílicas de los siglos IV, V y VI, el pavimento era de mosaico de mármol, con inscripciones dedicatorias. El Rdo. Duchesne, hablando sobre el mismo asunto, insiste en el interés que presenta la mención del periodonta de Tolaniso. «El periodonta, dice, fué substituído al arzobispo en el siglo V. Era el jefe del clero local en los establecimientos religiosos situados fuera de la ciudad episcopal. Es el análogo oriental del arcipreste merovingio (1).»

(1) Acta de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras: serie 4.ª, t. 18, 1890, págs. 178, 179.

Refadi nos ofrece casas encantadoras perfectamente conservadas, siempre del mismo tipo común. Una de ellas está todavía cubierta con losas de gran tamaño, tan bien dispuestas para el derrame de las aguas, con canales y gárgolas, que no se haría cosa mejor en nuestros días. En muchas se lee el nombre del propietario y del arquitecto, que no pocas veces se llama

Simeón, prueba evidente de la devoción de las familias por el ilustre penitente de la montaña vecina.



SUDÁN.—Alto en un oasis. (Pág. 103)

CARTA PASTORAL DEL PATRIARCA COPTO

EL nuevo patriarca de los coptos, Ilmo. Amba Cirilo Macario, recientemente nombrado por Su Santidad León XIII, acaba de publicar, á su regreso de la Ciudad Eterna, una Carta pastoral en texto árabe, de mucho interés para todos los católicos.

El *Vaterland*, de Viena, ha hecho una traducción del referido documento, del cual tomamos los principales párrafos.

Empieza la Carta pastoral con las siguientes palabras:

«Cirilo, por la misericordia de Dios y por la gracia de la Sede Apostólica, administrador apostólico del patriarcado de Alejandría y de todo el territorio de evangelización del apóstol San Marcos.

«A nuestros venerables Hermanos dentro del patriarcado, salud en el Señor, y á nuestros queridísimos hijos,

herederos de la fe del Santo Apóstol, salud y bendición apostólica.

« Levántate, levántate, revístete de tu fuerza, Sión; reviste las vestiduras de tu magnificencia, Jerusalén, tú, ciudad del Santo. (Is. LII, 1).»

Entrando en materia, dice el venerable Patriarca:

« Henos aquí de nue-



SUDÁN.—Kayes, avenida de la estación. (Pág. 103)

vo en la patria, después de tres meses de ausencia, pasados la mayor parte en la capital del mundo cristiano.

«Los que nos habéis acompañado á la Ciudad Eterna y habéis tenido con Nos la suerte de contemplar la excelsa y santa figura de León XIII, sabéis con qué bondad paternal ha considerado á los representantes de la Iglesia del santo apóstol San Marcos, el Sucesor de Pedro, y cuánto amor profesa su magnánimo corazón á toda la nación egipcia.

«Nuestra tarea en este día no es repetiros lo que ya sabéis, sino anunciaros, en nombre del representante de Cristo, la gran noticia que por encargo suyo hemos recibido de hablar á la Iglesia de Alejandría, sirviéndonos de las palabras del Profeta:

«Levántate, levántate, revístete de tu fuerza, Sión; reviste las vestiduras de tu magnificencia, Jerusalén, tú, ciudad del Santo.»

Recuerda luego el Patriarca la historia de la decadencia de su Iglesia, que atribuye á la desgracia de los tiempos y á las faltas de los hombres, y añade: «Muchos siglos se han pasado desde que la en otro tiempo reina de Oriente é hija de Sión lloraba sola y abandonada su soledad sin hallar uno que la consolara.»

Después de enumerar los hechos principales del restablecimiento de la jerarquía eclesiástica, en la Iglesia de Alejandría, que ha precedido á la creación del patriarcado copto, tributa á León XIII entusiastas elogios por su iniciativa, exclamando:

«Aurora de nuestra resurrección, prenda segura de nuestro renacimiento, excelso Pontífice que enjugas las lágrimas de los desconsolados y pones término á sus tristezas, tu memoria pasará á través de los siglos.»

En otro párrafo de su carta recomienda á los fieles que eleven al cielo fervientes oraciones para alcanzar de Dios que la nueva Sede patriarcal sea digna representante del apóstol San Marcos, y conceda en sus sucesores las virtudes de su fundador, entre las cuales figura la unidad inquebrantable á la Cátedra de Pedro.

La carta termina con estas palabras:

«Dada en el Cairo, á 29 *Hatur* del año 1612 de la Era de los mártires, ó el 7 de Diciembre de 1895 de la Era cristiana, en la fiesta de San Pedro, Patriarca de Alejandría, último de los mártires.—*Cirilo Macario.*»

El año copto consta de doce meses de treinta días, más cinco días, ó seis en año bisiesto. El año comienza el 10 de Septiembre. Los meses se conocen con los nombres siguientes: *Tout, Paopi, Hatur, Kojahk, Tobi, Emchir, Taremhot, Paremuti, Pachous, Paoni, Epip, Mesori*. La Era de los mártires entre los coptos y abisinios (en recuerdo de la persecución de Diocleciano) comienza el 29 de Agosto, 284 después de Jesucristo.

## LOS ADUMAS

De una carta que desde el Gabón (Africa Occidental) escribe el R. P. Tristant al Rmo. P. Emonet, superior general de la Congregación del Espíritu Santo, extractamos las siguientes curiosas noticias sobre los adumas:

**D**ESDE mi llegada al país de los adumas estudié los usos y costumbres de nuestros indígenas. De un modo particular me ha llamado la atención su manera de entender la justicia. Aquí, como en todas

partes, el robo tiene su sanción penal, que llega á ser excesiva, toda vez que el ofendido puede dar muerte al ladrón á quien sorprende en fragante delito.

Si después de celebrado juicio con ocasión de un robo, el perjudicado no puede coger al culpable, se apodera de uno de sus parientes, sea ó no del mismo pueblo, lo encadena y lo guarda hasta que el criminal viene por sí mismo á constituirse prisionero ó le paga determinada suma.

Recientemente ocurrió cerca de la Misión un hecho singular. Cierta joven fué muerta de un tiro de fusil en una disputa. Su tío, jefe influyente entre los awangis, juró vengarse, y al efecto envió sus hombres al pueblo en que se cometió el homicidio, con orden de incendiarlo y dar muerte á todas las personas que pudiesen coger. Los habitantes huyeron á tiempo; el jefe awangi los hizo perseguir, y sus hombres mataron á una mujer. El marido de ésta juró vengarse á su vez, y como no podía atacar fácilmente el gran jefe, se emboscó por la noche, y mató al primer pariente del jefe que salió de su cabaña, embarcándose antes de ser visto.

Este asunto no está terminado todavía, y es probable que más de un hombre perderá aún la vida antes de que se llegue á un arreglo.

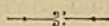
No es menos chocante el modo como se conciertan los matrimonios. Aquí para nada se toma en cuenta el consentimiento de la mujer: se la compra, y tiene que seguir simplemente á quien la paga. Quien quiera una mujer, puede proporcionársela siempre si tiene con que comprarla. Sea viejo ó joven, deforme ó apuesto, inteligente ó idiota, poco importa, estas son cosas accesorias; mientras tenga mercancías que ofrecer, todo va bien. Cuando se presentan varios pretendientes, se adjudica la niña al mayor postor. Ocorre no pocas veces que la compran á los dos ó tres años y aun antes de nacer, y como todo es negocio de interés en esta cuestión, si llega á morir, el marido reclama sus mercancías con el pretexto de que la mujer que le habían dado no era de buena calidad.

Las ceremonias fúnebres tienen también su sello de originalidad y salvajismo. Cuando uno enferma gravemente recurren al fetique: esta es la manera de orar por él y de conjurar el Gran Espíritu. Si hechas las oraciones, no mejora el enfermo, los parientes se reúnen al rededor de su lecho, gritando á cual más, le asen por los brazos y piernas, y le dan fuertes tirones, mientras uno aguarda en la puerta de la choza armado con un fusil, para descargarlo así que el paciente exhale el último suspiro.

Los adumas no entierran sus muertos sino cuando se hallan ya en estado de descomposición. Entre tanto gritan y se lamentan. Todos los que acuden á ver al difunto se entregan al llanto; esto es obligatorio. Si un pariente se permitiese permanecer impassible, se haría sospechoso, y lo considerarían como asesino, castigándole en consecuencia. Antes del entierro se verifica una escena repugnante, que casi debiera pasar en silencio. Los parientes empapan plátanos en el pus que mana del cadáver y los comen. Es una manera de expresar su sentimiento. ¡Horror!...



## ESTADÍSTICA NOTABLE



SEGÚN la Estadística oficial publicada á últimos del año próximo pasado por el reverendísimo Padre vicecomisario general de los Franciscanos, cuenta actualmente la Orden Seráfica en España y sus posesiones, 7 provincias, 61 conventos ó residencias y 1,577 Religiosos, incluyendo los españoles que residen en Tierra Santa y América.

Las provincias son las siguientes:

La de Santiago, con los conventos de Santiago, Orense, Muros, Herbón y Lugo, y 180 Religiosos; la de San Gregorio de Filipinas, con 6 conventos ó residencias en Filipinas, y los de Pastrana, Consuegra, Arenas, Montalbán, Almagro y Belmonte en España, y 468 Religiosos, que administran en Filipinas 163 parroquias; la de Andalucía, con los conventos de Loreto, Lucena, Sevilla, Cádiz, Jerez, Fuente del Maestre y Palancar, y 105 Religiosos; la de Cartagena, con los conventos de Cehegín, Orihuela, Murcia y Jumilla, y 79 Religiosos. La de Cantabria, con los conventos de Zarauz, Aránzazu, Olite, Forna, Caspe, Alfaro, Nájera y Bermeo, y 181 Religiosos; la de Valencia, con los conventos de Sancti Spiritus, Cocentaina, Benisa, Onteniente, Beniganim, Biar, Agrés y Pego, y 157 Religiosas, la de Cataluña, con los conventos de Vich, Balaguer y Villarreal, y 118 Religiosos.

Los otros conventos y residencias son los siguientes:

Tánger, Tetuán, Casablanca, Mazagán, Larache, Saffi y Rabat en la prefectura de Marruecos, con 52 Religiosos; San Fermín de los Navarros y Comisaría de los Descalzos en Madrid, con 14 Religiosos, convento de Santos Quaranta en Roma, con 4 Religiosos; colegio de Chipiona, con 83 Religiosos; colegio de la Aguilera, con 21 Religiosos, y convento de Guanabacoa (Havana), con 14 Religiosos. Religiosos españoles en Tierra Santa, 76, en su mayoría hijos de la provincia de Santiago.

Religiosos Españoles en América, 22, también casi todos de la misma provincia, cuyos hijos son en resumen 310, aunque sólo residen en ella 180 por hallarse los otros en Tierra Santa, Marruecos, América y otros puntos.

Después de publicado este estado, se han fundado ya otros tres conventos, á saber: el de Puente Areas, en la provincia de Santiago, el de Lorca, en la de Cartagena, y el de Avila, en la de San Gregorio. Son, pues, 64 los conventos ó residencias que la Orden franciscana cuenta hoy en España.

## UNA SALVAJE SANTA



RELATO DE UN MISIONERO DE LA COMPAÑIA DE JESÚS

## III Y ÚLTIMO

**A**LABÉ su intento, pero al mismo tiempo le aconsejé que tomase todavía tres días para deliberar sobre un negocio tan importante; y que en ellos se diese más á la oración para conocer con más seguridad

la voluntad de Dios, y que pasado este término, si persistía en su determinación, le daba palabra de poner fin á la importunidad de sus parientes. Vino en lo que le propuse, pero pocos minutos después volvió, y me dijo:

—Ya se acabó, no se trate de deliberación; mi partido está tomado mucho tiempo ha: no, Padre mío, no tendré otro Esposo sino á Jesucristo.

Juzgué que no debía oponerme más á una resolución que me parecía inspirada por el Espíritu Santo. Le exhorté, pues, á la perseverancia, asegurándole al mismo tiempo que tomaría su defensa contra todos los que quisiesen en adelante inquietarla sobre este punto. Volvióle su primera tranquilidad mi respuesta, y renovó en su alma aquella paz interior que conservó siempre hasta el fin de sus días.

Apenas se había ido, cuando vino Anastasia á quejarse de que Catalina no hacía caso de sus consejos, y que no seguía sino su propio capricho. Iba á proseguir, pero la interrumpí, diciéndole que estaba informado de su descontento, con no poca admiración de ver que una cristiana antigua como ella, desaprobaba una resolución que merecía los más grandes elogios, y que si tuviera fe, debía conocer el valor de un estado tan sublime como el de la virginidad, que hace á los hombres frágiles semejantes á los mismos Angeles.

Al oír estas palabras volvió en sí Anastasia como de un sueño, y como era sólidamente piadosa, al instante se culpó á sí misma, admiró el valor de la virtuosa doncella, y desde entonces fué la primera en animarla en la santa determinación que había tomado. Así mudó el Señor tantas contradicciones en bien y provecho de su sierva, á quien sirvió esto de nuevo motivo para seguir á Dios con más fervor. Añadió nuevos ejercicios de devoción á los que practicaba; y enferma como se hallaba, redobló su aplicación al trabajo, sus vigiliias, ayunos y mortificaciones.

Estábamos entonces á fines de Agosto, tiempo en que suelen los salvajes ponerse en marcha para cazar en los bosques durante el invierno. La mansión que había ya hecho en ellos Catalina, y la pena que tenía de verse privada de los socorros espirituales que hallaba en el lugar, la había determinado, como tengo referido, de no volver otra vez á los montes en toda su vida. Sin embargo, creyendo que el cambio de aire y de alimentos, que en los bosques son mejores que en poblado, podría restablecer su quebrantada salud, fuí de parecer que acompañase á su familia y demás personas que iban á caza. Me respondió con aire lleno de aquella piedad que le era natural:

—En verdad, Padre mío, que se regala el cuerpo en los montes, pero el alma enferma y no puede saciar su hambre. Al contrario, padece el cuerpo en el lugar; pero el alma halla sus delicias en la presencia de Jesucristo. Ea, pues, abandono de buena gana este miserable cuerpo al hambre y la falta de todas las cosas, con tal que mi alma tenga su cotidiano alimento.

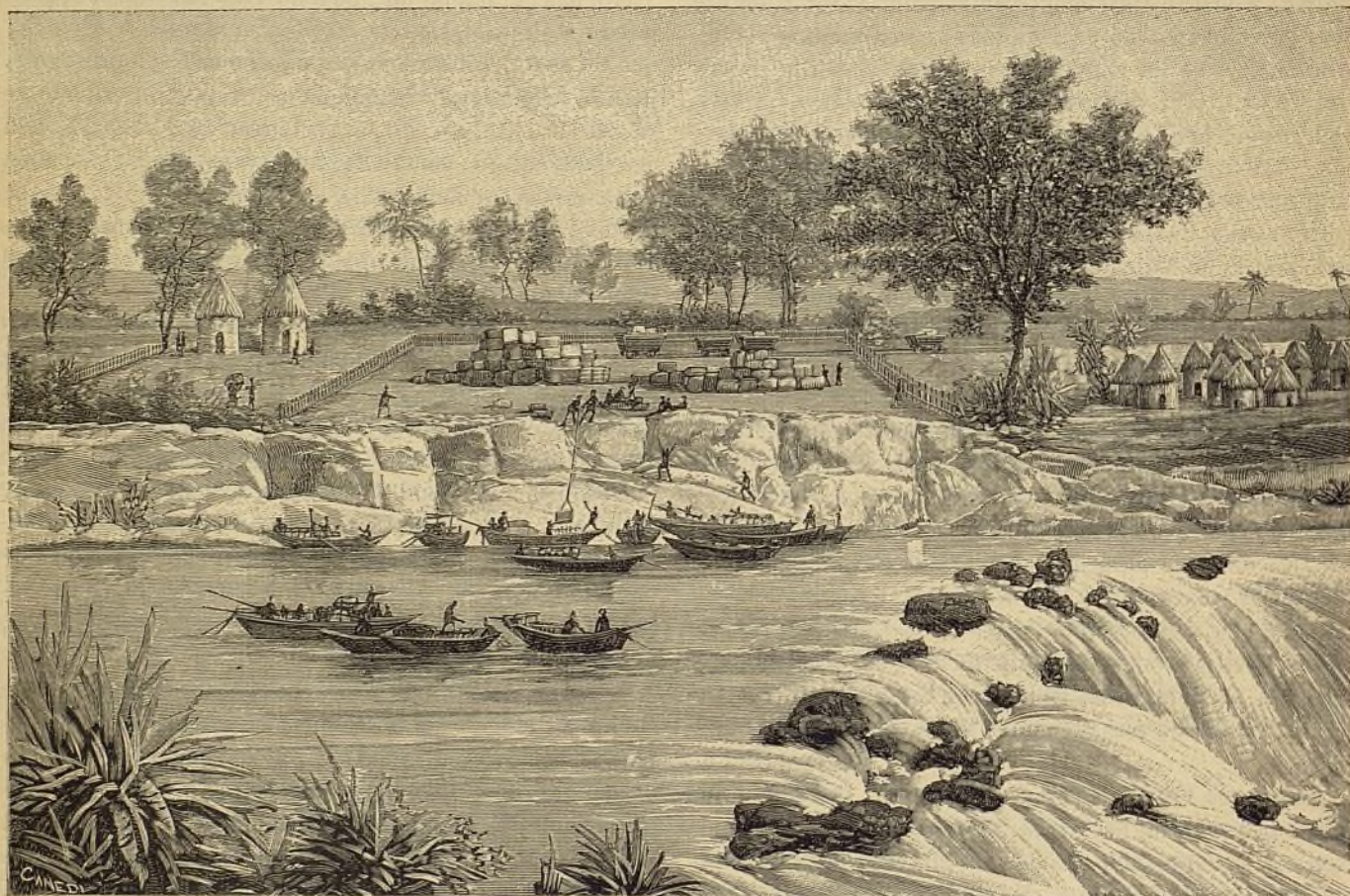
Quedó, pues, todo el invierno en el lugar, viviendo solamente de trigo de Indias, y teniendo, en efecto, mucho que sufrir. Mas contenta de conceder á su cuerpo solamente un insípido alimento que apenas podía mantenerla, se entregó á austeridades y penitencias

excesivas, sin tomar consejo de nadie, persuadiéndose que en materia de mortificación podía tomar la que le sugiriese su fervor. Los grandes ejemplos de penitencia corporal que tenía siempre á la vista, la movieron á estos santos excesos. Reinaba entre los cristianos de la Misión el espíritu de penitencia; los ayunos, las disciplinas sangrientas, los cilicios, eran entre ellos mortificaciones comunes. Se disponían algunos entre ellos con estas austeridades voluntarias á sufrir con constancia los más espantosos suplicios.

Habíase encendido la guerra entre los iroqueses y franceses. Invitaron aquéllos á los de su país, que estaban en la Misión del Salto, á que volviesen á sus casas, ofreciéndoles entera libertad en el ejercicio de su religión. Negándose éstos á semejantes ofertas, se lle-

movidos muchos de los bárbaros de tan nuevo espectáculo, salieron de su país y se fueron á la Misión del Salto á pedir el Bautismo, y vivir allí según las máximas del Evangelio.

No cedían las mujeres á sus maridos en el ardor que mostraban por la penitencia. Se entregaban á tales excesos que debíamos moderar cuando llegaban á nuestra noticia. Además de los instrumentos comunes de mortificación, inventaban mil modos de castigarse. Algunas se metían en la nieve cuando el frío era más intenso; otras en parajes apartados, se desnudaban hasta la cintura y quedaban mucho tiempo expuestas á los rigores de la estación, en la orilla de algún río helado, donde soplabla el aire con mayor fuerza. Hubo quien rompiendo el hielo de los estanques, entraba en ellos hasta el



SUDÁN.—Puerto de Diubeha. Piraguas y carril para el aprovisionamiento de las tropas. (Pág. 103)

naron de furor los iroqueses, y al punto declararon por enemigos de la patria á los cristianos de su nación que vivían en el Salto. Una banda de iroqueses sorprendió á algunos de ellos en la caza, los llevó á su país y los quemó á fuego lento. Estos generosos fieles, en medio de los más terribles dolores, predicaban á Jesucristo á sus crueles verdugos, suplicándoles que abrazasen el Cristianismo, para librarse del fuego eterno. Entre otros, señaló su fe y constancia uno llamado Esteban. Rodeado de llamas y de hierros encendidos, animaba sin cesar á su mujer, que padecía el mismo tormento, á invocar con él el santo nombre de Jesús. Estando ya espirando, reunió todas sus fuerzas, y á ejemplo del santo de su nombre rogó en alta voz por la conversión de aquellos que con tanta inhumanidad le atormentaban.

Unos de los bárbaros de tan nuevo espectáculo, salieron de su país y se fueron á la Misión del Salto á pedir el Bautismo, y vivir allí según las máximas del Evangelio. Una entre otras se metió en el agua tres noches seguidas, y otra no contenta con esto, había también sumergido á una hija suya de tres años en un río helado, sacándola medio muerta. Reprendíla con viveza, y me contestó con sencillez que no había creído hacer mal, y que lo había hecho con el ánimo de que pudiendo su hija ofender algún día al Señor, llevase adelantada la pena de su pecado.

Si bien los que así se mortificaban cuidaban que no llegase á noticia de los otros, Catalina, que era de ingenio vivo y penetrante, no dejó de vislumbrar lo que tenían tan secreto, y como estudiaba todos los medios se servir más y más á Jesucristo, se aplicaba á averiguar todo lo bueno que se hacía para ponerlo en ejecución. Por eso habiendo pasado algunos días en Mon-

real, donde por primera vez vió Religiosas, tanto le cautivaron su piedad y modestia, que se informó de su modo de vivir y de las virtudes que practicaban. Habiendo llegado á saber que eran vírgenes cristianas que se habían consagrado á Dios con voto perpetuo de castidad, no paró hasta que le concedí licencia de hacer de sí el mismo sacrificio, no solamente con propósito de guardar la virginidad como hasta entonces, sino con voto irrevocable, obligándose á guardarlo toda su vida. No convine en ello hasta después de haberla probado de nuevo y asegurádome que el espíritu de Dios la inspiraba esta determinación, de la cual no había ejemplo entre los salvajes.

Eligió para este grande acto la fiesta de la Anunciación de Nuestra Señora. Habiendo recibido la Sagrada Comunión, pronunció con admirable fervor el voto de perpetua virginidad. Luego encomendándose á María Santísima, de quien era tiernamente devota, le rogó que presentase á su Hijo la oblación que le hacía de sí misma, y pasó muchas horas al pie del altar en grande recogimiento de espíritu y en estrecha unión con su Dios y Señor.

Desde aquel punto no vivió ya en la tierra, aspirando sin cesar por el cielo, donde tenía sus ansias y deseos. Parecía que gustaba de antemano de las delicias de la patria celestial, pero su cuerpo no podía llevar el peso de sus penitencias, ni la continua aplicación de su espíritu á mantenerse siempre en la presencia de Dios. Fué acometida de una enfermedad violenta, de la cual nunca convaleció bien. Le quedó siempre un mal de estómago con frecuentes vómitos, y una calentura lenta, que poco á poco quebrantó su salud y la consumió insensiblemente. Sin embargo, se hubiera dicho, que cobraba nuevas fuerzas su espíritu, según iba desfalleciendo su cuerpo. Cuanto más se acercaba al término de su vida, resplandecían en ella las eminentes virtudes que con tanta edificación había practicado. No me detendré en referir más que aquellas que nos han hecho más impresión y que eran como el principio y fuente de todas las otras.

Su amor á Dios era tierno: y su único gusto mantenerse absorta en su presencia, meditar sus grandezas y misericordias, cantar sus alabanzas y buscar con piadosas ansias los medios de agradarle. Para no distraerse en otros pensamientos, gustaba mucho de la soledad. Anastasia y Teresa eran las dos cristianas con quienes trataba de buena gana, porque hablaban bien de Dios, y sus conversaciones no respiraban sino el divino amor.

De aquí nacía su particular devoción á la Divina Eucaristía y á la Pasión del Salvador. Estos dos misterios del amor de un Dios, oculto bajo los velos eucarísticos y muriendo en una cruz, ocupaban enteramente su espíritu, y abrasaban su corazón las más puras llamas de la caridad. La veían cada día permanecer horas enteras al pie del altar, inmóvil y como fuera de sí. Indicaban muy á menudo sus ojos los afectos de su corazón en la abundancia de lágrimas que derramaban, las cuales le eran tan dulces y deliciosas, que quedaba como insensible al frío de los más destemplados inviernos. Viéndola algunas veces transida de frío, la enviaba á su choza para que se calentase. Obedecía al punto,

pero volvía luego á la iglesia para continuar sus tiernos coloquios con Jesús.

Para conservar siempre viva su devoción al misterio de la Pasión del Salvador, lo tenía siempre presente; llevaba al cuello un crucifijo que yo le había dado, y lo besaba sin cesar con sentimientos de la más afectuosa compasión por Jesús crucificado, y con el más vivo reconocimiento al beneficio de nuestra redención. Queriendo un día honrar particularmente á Jesucristo en estos dos misterios de su amor, después de haber comulgado le hizo una oblación perpetua de su alma y cuerpo: el resto de su vida empleó su ingenio en imaginar nuevos modos de mortificar su cuerpo. Cuando en el invierno iba á los montes, seguía de lejos á sus compañeras y se quitaba los zapatos, marchando con los pies desnudos sobre el hielo y la nieve. Habiendo oído decir á Anastasia que de todos los tormentos del fuego era el más horroroso, y que la constancia de los mártires que lo habían padecido en defensa de su fe sería sin duda de grande mérito para con el Señor, la noche siguiente se quemó los pies y las piernas con un tizón hecho ascuas, casi del mismo modo que suelen los iroqueses marcar á sus esclavos, persuadiéndose que con esta acción se declaraba por esclava del Salvador. Otra vez esparció en la estera en que descansaba, largas espinas y puntas muy agudas, y á ejemplo de San Benito y de San Luís Gonzaga, se revolcó tres noches seguidas sobre ellas, con dolores muy sensibles. Quedó su semblante muy pálido y desfigurado, y siendo efecto de su austeridad, lo atribuían á sus enfermedades; pero Teresa, aquella compañera de su confianza, habiendo descubierto la causa de tan extraordinaria palidez, la puso escrúpulo, haciéndola saber que era ofender á Dios tomar tales mortificaciones sin licencia de su confesor. Catalina, á quien la sombra del pecado la hacía temblar, vino al punto á declararme su falta y pedir perdón á Dios de ella. Culpé y reprendí su indiscreción, y mandé que al instante echase las espinas á la lumbré: hízolo sin tardanza, porque su sumisión á la voluntad de sus directores espirituales era ciega, y por más alumbrada que estuviese de las luces y favores del cielo, nunca se le pudo conocer el menor apego á su propio juicio.

Su paciencia era á toda prueba. En medio de sus continuas enfermedades, conservó siempre una paz y serenidad de alma, que nos embelesaba. No se le escapó queja ó señal alguna de impaciencia. Los dos últimos meses de su vida fueron extremados sus dolores. Día y noche tenía que mantenerse en la misma postura, y el más leve movimiento la causaba dolores agudísimos. Cuando con más viveza la apretaban, entonces parecía más alegre, teniéndose por dichosa, como ella misma lo decía, de vivir y morir en la cruz, uniendo sin cesar lo que padecía con la pasión del Salvador.

Como su fe era muy viva, tenía alta idea de todo lo que atañe á la Religión, y producía en ella un respeto muy particular por todos aquellos que llama Dios al ministerio del Evangelio. Su esperanza era firme, su amor desinteresado, sirviendo á Dios por Dios mismo, y por el solo deseo de agradarle. Su devoción era tierna y dotada del don de lágrimas; su unión con Dios íntima y continua, no perdiéndole de vista en todas sus

acciones, lo cual la levantó en poco tiempo á un don sublime de oración.

En fin, nada se notaba tanto en Catalina como la pureza angelical, de la cual fué siempre tan celosa, que la conservó hasta el último suspiro. Fué un milagro de la gracia que una joven iroquesa tuviera tanto amor é inclinación á una virtud tan poco conocida en su país, y que hubiese vivido veinte años con tan grande inocencia de costumbres en el centro mismo del libertinaje y de la disolución. Su amor á la pureza llenaba su corazón de un tierno afecto hacia la Reina de las Vírgenes; nunca hablaba Catalina de Nuestra Señora sino transportada y como fuera de sí. Había aprendido sus Letanías, y las rezaba sola todas las noches después de las oraciones comunes que se hacían en su cabaña. Llevaba siempre consigo el rosario, y lo rezaba muchas veces al día. Los sábados y demás días consagrados particularmente á honrar á la Madre de Dios, hacía extraordinarias mortificaciones, y se esmeraba en la imitación de alguna de sus virtudes. Redoblaba su fervor en la celebración de sus fiestas, y escogía estos santos días para ofrecer á Dios algún nuevo sacrificio ó para renovar los que ya tenía hechos á su Divina Majestad.

A una vida tan santa correspondía una muerte muy preciosa; así fué, porque en sus últimos instantes nos edificó más que nunca con el ejercicio de las virtudes, y principalmente con su paciencia y unión con Dios. Se sintió muy mala en la época en que los hombres suelen estar cazando en los bosques, y en que las mujeres están ocupadas en el campo. En tal tiempo quedan solos todo el día los enfermos en su cabaña, con un plato de trigo de Indias y un poco de agua que por la mañana se les pone cerca de su cama. En este abandono pasó Catalina su última enfermedad; pero lo que para otros era motivo de tristeza, para ella era colmo y aumento de alegría, porque la daba ocasión de acrecentar su mérito. Acostumbrada á estar sola con Dios, se aprovechó de la soledad, y se valió de ella para unirse más y más con su Criador con oraciones y meditaciones fervorosas.

Entre tanto se acercaba cada día á su último sacrificio, y perdía por instantes sus fuerzas. Empeoró el martes de la Semana Santa, y le administré el Santo Viático, que recibió con grandes afectos de piedad. Quería también administrarle la Extremaunción, pero me dijo que no había prisa, lo dilaté hasta el día siguiente. Pasó lo restante del día y la noche en fervorosos coloquios con Nuestro Señor y María Santísima. El miércoles por la mañana recibió el último Sacramento con su acostumbrada devoción, y á las tres de la tarde, habiendo pronunciado los santos nombres de Jesús y María, entró en dulce agonía, y poco después perdió enteramente el habla. Como hasta el último suspiro conservó el conocimiento, percibí que procuraba formar interiormente todos los actos de religión que yo la inspiraba; al cabo de media hora de agonía espiró placidamente como si durmiera un sueño quieto y sosegado.

Así murió Catalina Tegakovita, de veinticuatro años de edad, después de haber llenado esta Misión con el olor de sus virtudes y la buena opinión de su santidad.

No tardó Dios en honrar la memoria de la virtuosa

doncella con infinitad de curaciones milagrosas obradas después de su muerte por su intercesión. Persuadidos de esto, no sólo los salvajes, sino también los franceses que viven en Quebec y en Montreal, vienen á menudo á su sepulcro para cumplir sus votos y agradecerla favores que han alcanzado de Dios por su intercesión.

## CRÓNICA

**Italia.**— El presbítero salesiano R. D. Tereso José M.<sup>a</sup> Palomeque, con el título de *El gran Apóstol de la niñez en el siglo XIX*, acaba de publicar una hermosa biografía de D. Bosco y reseña de sus obras en varias naciones de Europa, y de sus Misiones en Palestina, Africa y América: acompaña preciosos retratos de su madre y de sus primeros colaboradores, elevados algunos á la dignidad episcopal, como igualmente vistas de los establecimientos más notables que han levantado para su moralizadora misión los beneméritos Padres Salesianos.

**Tierra Santa.**— Si bien es cierto, dice *El Eco Franciscano*, que los Franciscanos han logrado rescatar para la Iglesia católica casi todos los Santuarios de nuestra Redención, y llevar las luces del Evangelio á casi todas las regiones de Oriente, no lo es menos que para conseguir esto hubieron de regar unos y otras con su sangre derramada á torrentes por defender la fe y los derechos del Cristianismo. Con razón ha dicho un historiador moderno, que la historia de la Custodia Franciscana de Tierra Santa es una narración no interrumpida de crueles martirios y de terribles persecuciones. Por millares se cuentan los hijos de San Francisco que han sido víctimas del fanatismo musulmán en la Misión de Tierra Santa. Estos mártires eran en los siglos pasados de persecución y barbarie tantos cuantos los misioneros que pasaban á aquellas benditas tierras: y aun en el nuestro, cuando las costumbres se han dulcificado no poco, se ha derramado en Asia mucha sangre franciscana. Basta recordar la sangrienta persecución de Damasco en 1860, cuyas víctimas fueron ocho hijos de San Francisco, siete de ellos españoles, cuyos nombres esperamos ver pronto inscritos en el catálogo de los Santos.

Hoy se hallan los Franciscanos de Tierra Santa en frente de otra persecución tan cruel y más universal que la del 60, porque amenaza extenderse por casi todos los dominios de la Santa Custodia. Hablamos de la actual revolución en que se halla envuelto el imperio otomano, revolución cuyas primeras víctimas son los cristianos de Oriente, y entre ellos los Franciscanos. Testigos los hechos acaecidos últimamente en los pueblos de Yedigé-Kalé, Doncalé y Mudjuk-Deresi, en donde han sido destruidas y saqueadas las casas é iglesias franciscanas, y horriblemente asesinada uno de nuestros misioneros, el R. P. Fr. Salvador de Capadocia, italiano.

Lo mismo temíamos hubiese acaecido á nuestros queridísimos hermanos y compañeros, los Rdos. PP. Fr. Manuel García Pardo y Fr. Manuel Trigo, hijos el primero de este Colegio (de Santiago), y el segundo del de Chipiona, y al H. lego Fr. Víctor Urrutia, también de Chipiona, compañeros de Misión del malogrado P. Salvador. La persecución había alcanzado á todos; durante largo tiempo se ignoraba el paradero de los tres Religiosos españoles; decíase que sus hábitos habían sido expuestos al ludibrio en la plaza pública, y se recibían otros detalles, que nos hacían temer con sobrado fundamento la muerte de nuestros compañeros. ¡Días de congoja y aflicción indescriptibles para nosotros y para las familias de los mencionados Religiosos! Por fin una carta del R. P. Fr. Agustín Azpiazu ha venido á restituir la tranquilidad á nuestro espíritu. «Se ha recibido, escribe, un telegrama de Marasc, que dice: «Los Padres españoles y el Hermano lego, también español, están refugiados en la iglesia católica de Zeitun.» Demos gracias á la Divina Providencia porque ha conservado la vida de nuestros Hermanos, en medio de tan encarnizada persecución, durante la cual muchas veces habrán creído perdidas sus vidas y derramada su sangre.

**China.**—El Gobierno chino, escarmentado con las derrotas sufridas en la última guerra con el Japón, ha propuesto un vasto proyecto de reformas en el ejército, en la administración, en la Hacienda, en la política exterior y en la Instrucción pública. Se construirán líneas férreas entre Trien-Dring y Foo-cheu, sobre el Jangtschiang, entre Hankoon y Tsze-Chooan, y entre Shanghai y Cantón. Se enviará gran número de jóvenes á Rusia, Berlín, París y Londres para seguir la carrera militar, formándose un cuerpo de ejército de 40,000 hombres á la europea, el cual servirá para reorganizar todo el ejército. La flota se aumentará mediante la construcción de acorazados. Las reformas de Hacienda tendrán por base el sistema ruso, y la institución del Tsung-ly-Iamen será reemplazada por un ministro de Negocios extranjeros responsable ante el Emperador. Estas reformas, por de pronto, facilitarán la propagación del Catolicismo en el Celeste Imperio, pero una vez realizadas en toda su amplitud, China será un peligro constante para la preponderancia europea, y si llega á establecer alianza con el Japón, la raza amarilla será capaz de invadir algunos imperios de Europa, y acaso sean éstos los nuevos bárbaros que nos prepare la Divina Providencia para terminar la muelle civilización de esta envejecida parte del mundo, y levantar sobre sus ruínas una nueva sociedad llena de vida, amansada y santificada por la divina luz del Evangelio.

**Santa Fe.**—La inclita Compañía de Jesús acaba de perder, con la muerte del R. P. José Repetti, un varón insigne por su gran virtud y talento, uno de sus hijos más ilustres y uno de los miembros más conspicuos del Instituto en la América Meridional.

Era el P. Repetti de aquella generación de hierro fundida en el molde de las grandes persecuciones, y templada para las luchas encarnizadas y largas de la revolución anticristiana que rodeó su cuna con el formidable estruendo de lamentables caídas y sacrílegas apostasias.

Nacido en la ciudad de Placencia el 4 de Febrero de 1810, de padres ejemplarmente cristianos y educado en la escuela práctica de las más esclarecidas virtudes, dedicóse á la carrera eclesiástica, que terminó brillantemente después de haber conquistado altas calificaciones en letras, filosofía y ciencias sagradas, en lo más florido de su edad, por los años 1832, en que se ordenó de sacerdote.

Pocos años después de su consagración sacerdotal, solicitado por su exquisita piedad, la inocencia de sus costumbres y el candor de su alma, ingresó en la Compañía de Jesús.

Finalizado el tiempo de regla, en el que se distinguió por la integridad en la observancia de las constituciones de la Orden y en la resistencia de las arduas probaciones á que son sometidos los novicios de la Compañía, dando cumplidas muestras de una gran docilidad de espíritu y un raro conocimiento del arte divino de la mortificación oculta, se inició en la ruda tarea del magisterio, en cuyo largo y penoso apostolado había de sorprenderle la muerte.

Prefecto de estudios y ministro en el célebre Colegio Germánico de Roma, primero, y luego desempeñando iguales cargos, y profesor de teología en el Colegio Ilirico de Loreto, su robustez de roble endurecido á las tormentas, resiste vigorosamente al trabajo más penoso y no se abate, ni desmaya ante las mayores dificultades ó los contratiempos más recios; la energía de su alma de apóstol no cede, ni se dobla tampoco en presencia de la cruel persecución que le arroja de su casa al medio de la calle, y pone en grave riesgo su vida durante los aciagos días de la Revolución del 48.

Gregorio XVI, de imperecedera memoria, conocedor acertado de los excepcionales talentos y virtudes que adornaban al esclarecido jesuita, le nombra su visitador apostólico en Oriente, y con ese motivo recorre la Dalmacia, parte de la Grecia y del Asia Menor, recogiendo en el desempeño de su elevado cargo, enseñanzas prácticas de la mayor utilidad, y que él supo aprovechar haciéndolas proficuas para la formación del clero de dos diócesis.

Pronunciados ya sus votos solemnes el 2 de Febrero de 1846, fué enviado á la América del Sud á los cincuenta y dos años, en el de 1862, dirigiéndose al Colegio de la Inmaculada Concepción de

Santa Fe, donde debía hacerse cargo de las cátedras de teología, derecho canónico, Sagrada Escritura y más tarde la de derecho público eclesiástico.

Consagrado por entero á la educación y perfeccionamiento de un clero ilustrado y virtuoso, que fuera como levadura de regeneración social en la masa común del pueblo, para ambas orillas del Plata, por la moralidad de sus costumbres y el heroísmo del sacrificio, no descuidó un punto los graves deberes del sacerdote, y ejerció con tanta unción y piedad como fruto espiritual de los fieles el ministerio de la divina palabra, asociándose por mandato de sus superiores, ora á los trabajos apostólicos del esclarecido Mons. Escalada, en la visita pastoral de extensa archidiócesis, ora entre los cooperadores de Mons. Achával en sus largas y penosas Misiones por las dilatadas provincias de su diócesis.

Los discípulos que se han sentado en rededor de su cátedra durante los veintitrés años que ha ejercido el profesorado en teología y cánones, y en el colegio de Santa Fe, son innumerables, contándose entre ellos los Ilmos. Sres. obispos Soler é Isasa, muchos curas y sacerdotes de los obispados paranense y uruguayo, lo mismo que abogados del foro argentino, magistrados, estadistas, diputados y senadores.

Muere á los ochenta y cinco años de edad y á los sesenta de vida religiosa en la Compañía.

¡Qué hermoso ejemplar de longevidad llena del espíritu del Señor!

Observante estricto y riguroso de las Constituciones y prácticas de su Orden, era un dechado de perfección religiosa.

Sus abstinencias y ayunos eran rigidísimos, y nunca alcanzaron, sino por obediencia, que templase la estrechez y severidad de sus mortificaciones.

Cuántas lágrimas enjugadas, cuántos dolores consolados, cuántas virtudes implantadas, cuánta santidad infundida representan los años de ministerio sacerdotal del P. Repetti.

Jamás salió de su aposento, ni del Colegio, sino solicitado para el ejercicio del sacerdocio y el cumplimiento de sus deberes de religioso, y sin embargo, toda Santa Fe le conocía, le admiraba y le quería.

**Noticias varias.**—Su Santidad, para premiar los servicios prestados á los cristianos de Armenia por algunos ciudadanos y cónsules franceses, ha nombrado caballeros de San Gregorio el Magno á los Sres. Gustavo Meyrier, cónsul en Diarbekir; Mauricio Carlier, en Sivas; Fernando Roque Ferrier, en Erzerum, Alfonso Cilière, en Trebisonda, y ha concedido la condecoración de San Silvestre, papa, al genizaro griego de Sivas, Andrés Panayat.

—El R. P. Charmertant no se da punto de reposo en su caritativa empresa de socorrer á los católicos, víctimas de las persecuciones de los turcos en Armenia. Sólo en dos remesas les ha enviado 40,000 francos, y prosigue abierta la subscripción con numerosas adhesiones y donativos. La prensa también cumple con su deber, y es digna de todo elogio.

—Ha fallecido el R. P. Félix Carette, de la Compañía de Jesús, que durante treinta y cuatro años fué misionero en Calcuta (India Inglesa).

—Ha sido nombrado superior de las Misiones Extranjeras el Ilmo. Delpech, que ya habia ejercido el mismo cargo antes que su difunto predecesor, Ilmo. Armbruster.

—Wich es una diócesis del Kansas (Estados Unidos) que formaba parte de la provincia eclesiástica de San Luis.

Un jesuita de aquella diócesis, el P. Juan Regley de Cinghan, fué llamado últimamente para administrar los Santos Sacramentos á la madre de un colono.

Para llegar á la habitación de la enferma ha tenido que recorrer 150 kilómetros en ferrocarril y 160 á caballo, en cuyo viaje ha empleado veintiuna horas y media, cambiando seis veces de caballo.

Tuvo el consuelo de llegar á tiempo, no muriendo la enferma sino seis horas después de recibir los Sacramentos.

Tanta abnegación sacerdotal es verdaderamente admirable, y exime de todo comentario.

## VARIEDADES

### COSTUMBRES JAPONESES

GRANDE es el interés que se ha despertado en estos últimos tiempos, sobre todo en Europa, con motivo de la guerra de Corea, por todo cuanto se relaciona con esos dos elementos tan extraños para nosotros, la China y el Japón, y por ello las gentes curiosas procuran allegarse noticias para juzgar acerca de sus habitantes y de sus costumbres.

He aquí algunos datos que tenemos el gusto de reproducir:

Mientras nosotros escribimos de izquierda á derecha en líneas horizontales, los japoneses lo hacen de derecha á izquierda y en líneas perpendiculares; por manera que si nosotros hojeamos un libro volviendo las páginas de derecha á izquierda, un japonés está obligado á volver las hojas de izquierda á derecha, una vez que, para mayor originalidad, los libros japoneses comienzan donde acaban los nuestros. Las notas que nosotros colocamos al pie de las páginas, ellos las ponen en su parte superior.

Las mujeres son más raras aún que sus libros. ¿Queréis conocer una bella japonesa? Imaginaos un cuerpo muy esbelto, pero que se pierde en un girón de tela que no deja ver sino unos ojos perdidos en órbitas profundas y una sonrisa vaga é indescriptible. He ahí todo. Los rostros blancos le repugnan; la gordura le espanta. Se atavía ricamente hasta la edad de dieciséis ó diecisiete años, precisamente la edad en que una mujer europea comienza á preocuparse de su traje, y mientras ésta ajusta á su cuerpo los vestidos por la parte superior, la japonesa los asegura por la inferior.

Durante nuestras recepciones las mujeres gozan de especiales deferencias: se las sirve las primeras, se las cede el lugar principal, y sus vecinos se ponen á su servicio con una asiduidad y humildad mayor que la de los sirvientes de la casa: en el Japón la cosa es al contrario: la mujer permanece de pie mientras que el hombre come, porque los ceremoniales no se aplican allí, por la sencilla razón de que los japoneses carecen de ellos.

La mujer es el adorno de nuestras fiestas; allá es un obstáculo para su esplendor.

Pero si las japonesas se contentan con ser inferiores en materia de ceremoniales, es porque en cambio están muy bien recompensadas, puesto que desempeñan papel importante en la vida social y política.

Las mujeres de todos los países tienen especial predilección por el aprendizaje de las lenguas; la japonesa quiere conocer simplemente la suya, á pesar de que se encuentra á la orden del día en cuestiones de literatura de su país. La Sra. Marasaki no es la única que ha contribuido al desarrollo de esa lengua y de esa literatura exótica; á su lado figura una treintena de escritores y filósofos con faldas que trabajan por la gloria de su país. Por una consecuencia natural, luchando con los hombres bajo el punto de vista literario, les han dejado á ellos sólo el monopolio del vicio; así, pues, la violación de la fe conyugal de parte de las japonesas es desconocida.

No se hacen servir por doncellas, sino por hombres que deben entender muy bien el «arte de pintar seres vivos,» como le llaman, y mientras la europea y las de su raza se tiñen de carmín labios y mejillas, se embadurnan de aceite y de cosmético las cejas y cabellos, y se blanquean el rostro con polvos para realzar su belleza (¡cuánto se equivocan!), las japonesas creen que son bellas por... su arte.

Pero lo más curioso son las suegras: entre nosotros, ¡y con cuánta injusticia á veces! se cree que la madre de la mujer es la lepra de la familia: en el Japón ese puesto *gracioso* corresponde á la madre del marido; por manera que por allá no son éstos los que desesperan de sus suegras; son sus esposas.

Nosotros usamos prendas de color negro en señal de duelo; el Japón los vestidos que se usan en tal caso son blancos.

Comemos al rededor de mesas más ó menos grandes; los japoneses se hacen servir sobre pequeñas mesas colocadas cerca de la pared y en las que cabe una sola persona.

Nosotros llevamos los niños en los brazos; ellos los cargan á la espalda.

Cuanto al lenguaje familiar de los hombres del Japón, sí, nos llevan una ventajilla que no podemos menos de confesar avergonzados: ellos no acostumbran en sus palabras nada inmoral, nada obsceno, mientras que nosotros... ¡librenos Dios!

Muy raros son, pues, estos competidores de los hijos del Celeste Imperio, que tanto están llamando la atención del mundo.

### UN INSECTO CURIOSO

El insecto más curioso del mundo es sin duda el *avetón*, como lo llaman los maoris, que se encuentra en la Nueva Zelandia. Su nombre científico es *Hipialis verescens*; es un insecto vegetal que tiene dos ó tres pulgadas de largo.

Se llama insecto vegetal porque hasta la fecha la ciencia no ha podido hacer constar si es vegetal ó insecto.

El *avetón* se encuentra siempre al pie de grandes mirtos (arrayanes), donde se entierra entre las raíces algunas pulgadas debajo de la superficie del suelo. Allí vive hasta su completo desarrollo, verificándose entonces en él una maravillosa transformación.

En el cuello del insecto, juntamente entre la cabeza y el primer anillo, se coloca el germen de un hongo vegetal que se llama *Sophaeria Robertsii*, y crece hacia arriba unas ocho pulgadas. El tallo surge de tierra en el mismo punto donde se hundió el insecto, y debajo del suelo crece dentro del *avetón*, hasta llenar por completo su caparazón, sin modificar, empero, la forma del insecto.

Luego se secan la planta y el insecto, se ponen duros y mueren, conservando siempre su primitiva forma.

El conjunto es de un color moreno, y parece un escarabajo de madera con un cuerno largo que le sale por la parte superior del cuello.

No se sabe nada sobre el modo de multiplicarse ese extraño insecto.